

me  
quiere  
como  
Goy

Myra Reda



# Contenido

[Agradecimientos.](#)

[Sinopsis](#)

[Introducción.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Nota de la autora](#)

Título: Me quiero como soy.

Primera edición: 2024  
© del texto: Miriam Adanero Escobar.  
Maquetación: Myra Reda.  
Imágenes de portada: ©Canva Pro.  
Diseño de portada: Myra Reda.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o digitalizar parte de esta obra.

Cualquier coincidencia o parecido con situaciones reales o personajes es pura casualidad.

## Agradecimientos.

Querido lector/a quiero agradecerte que hayas elegido esta historia para leerla, pues, aunque es de ficción, me entristece porque puede ocurrir en cualquier momento o puede que lo hayas sufrido, incluso conozcas a alguien que lo haya pasado.

Por supuesto quiero agradecer a mi marido y mis hijas, por apoyarme en este sueño. Los quiero con todo mi corazón.

A mis queridas lectoras 0, las cuales, me han ayudado muchísimo.

A mi querida y buena amiga Shelly Kengar, por estar siempre ahí, la cual, lleva ya en mi vida bastantes años brindándome su apoyo y consejos.

A mi maravillosa promotora, María José, por todo el apoyo que me brinda y muchas más cosas.

No puedo olvidarme de Laura Duque, Nadia C.T, Laura Castro, Isabel Rodríguez, Eugenia Torres, y muchas más personas.

Con cariño, Myra.

# Sinopsis

Sofía enfrentó una adolescencia llena de desafíos al no cumplir con los estereotipos corporales impuestos por la sociedad. Sin embargo, su lucha no se limitó a la imagen física, ya que se vio envuelta en situaciones que afectaron su autoestima de manera profunda.

Con ayuda de sus seres queridos se superará a sí misma, luchando por dejar atrás la adolescente insegura que fue. Pero el pasado siempre vuelve y, aunque intente esquivarlo, se verá obligada a sobrellevar el desagradable reencuentro con quien tanto la hirió.

¿Estará dispuesta a enfrentar esta búsqueda y descubrir su propia verdad?

Descubre esta historia con toques de superación, y acompaña a Sofía a desenredar la maraña de mentiras que marcó su pasado.

## Introducción.

No recuerdo una época en la que no estuviera rellenita. Tampoco es que me importara, al menos, hasta que un grupo de niñas comenzaran a desarrollarse y derivado de ese suceso, llamado adolescencia, todo se complicó.

Ese proceso por el que todos los humanos pasamos, el cual, nos marca de una forma directa o indirecta en lo que seremos algún día, y en el peor de los casos nos aboga a construir muros para protegernos de las personas más malvadas que te puedas encontrar.

Sí, de ese modo, podemos perder la inocencia, entre otras cosas más. Probablemente, pienses que estoy hablando de la virginidad, más en los tiempos que corren, donde si sigues estando intacta a los dieciséis, es porque eres una apestada, y por ello se creen, que tienen derecho a denigrarte como dé lugar.

Pues no, no estoy hablando de eso, sino de cosas mucho más importantes, de valores que caen en picado, y que hasta tú misma llegada la madurez dudas en poseer.

¿Me acompañas? No te preocupes por lo que encuentres en la siguiente página, lo comprenderás según transcurra la historia.



## Capítulo 1

Durante nuestra vida, superaremos, o fracasaremos en muchas etapas. Hoy me encuentro frente al espejo mirándome y por primera vez en mucho tiempo me siento feliz, realizada, pero como siempre el temor ante cualquier imprevisto que aparezca y haga deslucir este día, te aterroriza, como si fuera un bebé frente a su monstruo particular.

—Sofía, ¿puedes subirme la cremallera? —pide mi hermana pequeña.

—Sí, claro, ven aquí, bichito.

—¿A qué estabas soñando otra vez? —cuestiona al notarme inquieta.

Mi sonrisa me delata y mi hermana rueda los ojos.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

—Ya lo sé, pero tengo miedo de que algo ocurra y lo estropee.

—Nada malo sucederá, bueno sí, que te vas a graduar como una de las mejores fotógrafas de España y las empresas harán cola en la puerta para que trabajes con ellos, eso es terrorífico.

Suelto una carcajada que hace que expulse todos los nervios que acumulados.

—Tienes razón. Pero antes de que comience en esa importante empresa, nos iremos a Ibiza de vacaciones.

—¡Yes! —exclama mi hermana antes de frotarse las manos.

Las risas de las dos alertan a mi madre que aparece poniéndose los pendientes.

—¿Qué ocurre? —pregunta entrando en mi dormitorio.

—Nada, mamá —respondemos al unísono.

—Id terminando de prepararos que tenemos que salir en veinte minutos.

Afirmo y me dispongo a terminar de retocarme, pero mi hermana me quita el pincel y se dispone a obrar magia, puesto que ella tiene un don para las brochas.

—¿No pretenderás ir con un maquillaje tan simple este día tan especial? —me fustiga mientras me aplica su toque.

—Tan mal no iba, hoy me esforcé —rebato a la defensiva.

—Tú eres una fotógrafa maravillosa y yo soy una maquilladora excepcional, no me digas lo contrario, si te digo que ibas simple, es porque era así.

Cinco minutos de reloj después me veo en el espejo, mientras que mi hermana Laura me mira satisfecha detrás de mí.

—¿Ves la diferencia?

Asiento y me doy la vuelta para abrazarla.

Cuatro años nos llevamos de diferencia, no obstante, sin ella, mi vida no hubiera sido igual.

Ella fue la primera persona que se dio cuenta de lo que me sucedía en el colegio, y aunque este mal decirlo, ella me salvó en muchas ocasiones.

En el instituto, las cosas no fueron diferentes, pues era en el mismo centro. El gran centro de estudios para la élite de Madrid.

Ese era su gran lema, y era una mentira como el tamaño de Inglaterra. Pues lo que hacían era mirar hacia otro lado cuando tenían que erradicar esos comportamientos. La cuestión es que, si llegaba un padre y se quejaba, como ocurrió con el mío, pues le dicen con aguas destempladas que lo saben, pero que es una forma de fortalecer el carácter y de prepararnos mejor para la vida real.

«¡Y una mierda!». Resuena en mi mente.

Cuando la muerte de nuestro padre nos sacudió, solo había pasado un año desde que muchas personas fueron conscientes de lo que ocurría hacia mí y algunas personas más. La hipocresía era tan alta que me volví aquello en lo que odio, una abusona. Por suerte, esa etapa pasó y luego volví a ser como era antes, para ellos una chica débil, para mí, una persona extraordinaria.

En esa etapa fue cuando me enteré de que mi mejor amiga para nada lo era, y que su hermano Alejandro, el cual, era tratado como un semidiós, en verdad era un chico agresivo y conflictivo.

Salgo de mis pensamientos, puesto que hoy no deseo recordar lo que ocurrió, lo que sufrí, porque casi acaba conmigo.

«Pero no ocurrió». Afirmo en mi mente, antes de bloquear aquellos recuerdos que aún siete años atrás me hacen daño.



## Capítulo 2

Cuando llegamos a la planta inferior, mi madre nos immortaliza sacándonos un montón de fotos, según ella, somos unas bellezas y quiere tener muchas fotos para recordar todos los logros que alcanzamos.

—Venga, mis niñas, nos vamos.

Accedemos al garaje y me monto en la parte delantera con mi madre, mientras tanto mi hermana, como siempre, se sienta en la parte trasera, justo en el medio y abandonamos nuestro hogar con rumbo a la Universidad Europea de Madrid, situada en Boadilla del Monte.

Durante el trayecto, cantamos las canciones que emiten en la cadena de radio que hay sintonizada y al llegar aparcamos sin dificultad.

—Sofía, ponte en la entrada que quiero hacerte una foto. Esta será la portada del álbum — solicita mi madre sacando el móvil.

Poso con una gran sonrisa, aunque no tardo en ver a algunas de mis compañeras con las que me gradúo.

—¡Sofía! ¡Dios mío, estás bellísima! — vitorea Iris.

—Muchas gracias, tú tampoco estás mal —devuelvo el cumplido.

Mi madre nos pide que posemos todas, pues de golpe han aparecido varias compañeras más y en total casi diez chicas posamos con nuestras mejores sonrisas.

Al terminar, el padre de Carolina se ofrece a hacernos una foto a las tres y se lo agradecemos.

Su mujer, Patricia, no tarda en comenzar con su diatriba diciendo que es muy tarde y que tenemos que entrar.

«Qué mujer más exasperante», menciona mi hermana Laura y yo afirmo.

Entramos en el recinto donde va a tener lugar el acto de la graduación y nos sentamos en los asientos que tenemos designados. Los graduados nos sentamos en las primeras filas, mientras que los padres se sientan por detrás. Me alegro de que mi madre y mi hermana estén solo una fila por detrás de mí.

El rector aparece y los profesores que durante cuatro años nos han dado clase toman asiento en sus lugares. En mi caso los miro con admiración, pues siempre fueron muy correctos conmigo.

Las luces se atenúan en algunos lugares y comienza el acto. Las palabras del rector provocan que me conmueva, pero por suerte, controlo mis emociones para evitar ponerme a llorar a moco tendido.

En el instante en que llega el momento de salir al escenario, para recibir nuestro pergamino, es cuando me siento observada. Mire para donde mire, no veo nada extraño, nadie me atiende, por lo que aparto esos pensamientos y me concentro en subir para recoger mi diploma sin ningún percance.

Según me aproximo, veo las sonrisas de mis compañeros que ya lo han recogido y al llegar, el rector expone con voz clara, que es para él un honor entregar no solo el diploma que me acredita como graduada en fotografía, sino un reconocimiento como la mejor alumna de esta promoción.

Mi sorpresa es tal que al solicitarme que diga algo me quedo en blanco. No sé qué decir, hasta que de golpe un discurso que llevo tiempo diciéndome a mí misma aparece como por arte de magia.

—Vaya, no me lo esperaba. En primer lugar, quiero agradecerse a mi madre y a mi hermana por su apoyo incondicional, ellas son las tablas que me sostienen cuando la tormenta intenta arrastrarme. —Efectúo un inciso para controlar mis emociones—. No me quiero poner melancólica, pero quiero agradecer a esta universidad en conjunto, el rector, a los profesores que nos han enseñado sus conocimientos y a mis compañeros —expongo mirando hacia ellos—. De corazón quiero dar las gracias a todos. Porque buenos y malos momentos hemos tenido todos. No sé si seré la mejor de esta promoción, lo que sí puedo decir que para mí la fotografía es mi gran pasión a la que me quiero dedicar. Gracias.

Los aplausos que recibo después me dan la suficiente confianza como para bajar del estrado y caminar hacia mis compañeros. En un instante aparece un gran ramo de flores y me lo entregan entre Iris y Darío para mi conmoción.

Prácticamente, me obligan a ponerme en el medio de todos ellos, para posar con una gran sonrisa. Mi hermana por supuesto se dedica a sacarme muchas fotos y mi madre graba todo en video, o eso intuyo. Cuando bajamos, camino hacia mi asiento y al mirar hacia arriba, unos ojos, junto con una pose, propician que de nuevo Alejandro vuelva a mi mente, no obstante, de nuevo aparto esos pensamientos, pues no lo creo posible.

Una vez acaba el acto, salimos del recinto y entonces es cuando lo veo. Me quedo parada, mirándole como si no me creyera que está ahí.

Mi madre, que hasta ese momento no se había percatado de su presencia, bufa, y camina hacia él dispuesta a ponerle la banderilla como si de un toro se tratara.

Ando lo más rápido que puedo hasta que la alcanzo y le agarro del brazo.

—Mamá, no es necesario. No tenemos que dar un espectáculo.

—Hija, no lo voy a hacer. Pero no quiero que hoy esté aquí y empañe tu día.

—Vale, pues déjale. No merece la pena, si le ignoramos se irá —ruego mirando alrededor.

—De acuerdo —accede mi progenitora antes de darse la vuelta.

Ni siquiera lo miro, no merece la pena, camino hasta mis compañeros y nos integramos en la conversación con normalidad, pese a que yo no lo esté.

Durante un largo tiempo hablamos, al menos hasta que llegan los momentos de hacer de nuevo fotos. Esta vez nos las propone uno de nuestros profesores, y con gusto posamos con el fondo de la universidad.

Miro con disimulo para saber si continúa por aquí Alejandro, pero no lo veo, lo cual, me tranquiliza, pues, es muy probable que se haya marchado.

Poco a poco la gente abandona el lugar y cuando nos montamos en el coche mi madre nos sorprende diciendo que vamos a comer en nuestro lugar favorito.

Nos marchamos al centro comercial de Majadahonda y al aparcar el coche, nos dirigimos hacia el restaurante, donde nos ponemos las botas sin remordimientos.

—Mamá, mañana tendré que hacer doble sesión de *spinning* —informo levantándome.

—¡Qué exagerada! —responde mi hermana—. Con las compras que vamos a hacer y el ejercicio de siempre lo quemas.

—¿Tú crees? —cuestiono dejando entrever mi duda.

—Sí —interviene mi madre—. Vamos mis niñas, no tenemos tiempo que perder.

Este viaje nos lo hemos ganado las dos. Mi hermana se ha graduado en bachillerato, y yo me acabo de graduar, así que este es nuestro regalo. Una semana en Ibiza para disfrutar y pasarlo bien.



## Capítulo 3

Durante más de tres horas nos dedicamos a entrar en todo tipo de tiendas para adquirir prendas de temporada. Yo antes no era muy ambiciosa en cuanto a las prendas que llevaba, pero desde que entro en una talla cuarenta y dos, me resulta más fácil encontrar ropa que se ajuste a mi figura.

Terminamos la sesión de compras y nos marchamos de nuevo a casa. Durante el camino de vuelta ojeo el móvil y veo que tengo numerosas notificaciones y mensajes, no obstante, mis ojos están fijos en un mensaje instantáneo que, pese a que no lo tengo guardado, lo recuerdo como mi nombre.

«Alejandro». Retumba en mi mente.

Nuevamente, los recuerdos me golpean como un tren de mercancías, el corazón comienza a bombear como si estuviera corriendo un maratón y me obligo a respirar hondo, pues no deseo que mi madre se entere.

Opto por bloquear la pantalla y volver a guardarlo en el bolso.

—Sofía estoy pensando que el viernes podemos salir por la noche, juntamos tus amigos y los míos —propone mi hermana.

—Me parece bien, escuché algunas decirlo, luego les pregunto si pueden el viernes.

—Perfecto.

Llegamos a casa y sacamos las bolsas antes de caminar cada una a su dormitorio.

—Colocarlo y luego nos hacemos una ensalada para cenar —indica mi madre.

Asentimos y al entrar decido quitarme la ropa, darme una ducha y me visto con un pantalón corto y una camiseta ancha.

Empiezo a sacar las prendas y las voy colocando al mismo tiempo, al terminar, me siento y saco el móvil del bolso.

—Llegó la hora —susurro desbloqueándolo con la huella dactilar.

Entro en el WhatsApp y voy en orden leyendo y contestando. Tal y como pensaba en uno de los grupos se ha abierto una votación para hacer una quedada. Voto por el viernes y veo que es el día que va ganando. Contesto a Iris y Nerea que me proponen ir mañana a la piscina. Ellas viven cerca de mí y acepto sin dudar.

Cuando ya no quedan más notificaciones, salvo la de ÉL, lo abro.

Un audio, una imagen y un texto es lo que me encuentro. Mis dedos se deslizan hasta apretar el icono del *Play*.

«Hola, Sofía, siento si estas palabras te molestan, no es para nada mi intención. Todavía no sé si lo escucharas o me bloquearás, pero debo intentarlo. Te quiero pedir perdón, no debí hacer eso en el pasado. Lo lamento tanto. Puede ser que sea tarde, pero quiero contarte la verdad, la que solo conozco yo, sin mentiras, sin trampas. ¿Me puedes dar esta última oportunidad?».

El audio se corta y entonces miro la imagen, pese a los años que han transcurrido, aún lo reconozco, es el sitio donde siempre quedábamos María y yo.

Debajo pone una frase.

«Te espero mañana a las ocho para ver el atardecer y cerrar esta etapa, si no vienes lo entenderé y no volveré a molestarte».

Acudir a esa cita supone abrir de nuevo muchas heridas, o tal vez es que nunca llegaron a cerrarse, solo las ignoré. Pese a todo, no puedo tomar una decisión ahora mismo, demasiadas emociones, demasiadas dudas me invaden y aunque quiera no puedo en este momento.

Tal vez la opción más fácil sería bloquearlo, y no acudir, pero eso también alimentaría más mis dudas, pues, ¿no me estaría convirtiendo en una cobarde? Sea como fuera, no tengo intención de responder, por lo que dispongo de varias horas para reflexionar.

Bloqueo de nuevo el móvil y bajo para ayudar a preparar la cena, puede que pienses que cenar una ensalada es como muy ligero, pero es que no sabes lo que contienen la ensalada de mi madre.

Lechuga, tomate, zanahoria, pepino, remolacha, atún, huevo, pavo en tacos, cebolla morada, aceite y vinagre balsámico, y puede que se me olvide algo más, pues cuando aparezco ya tienen todo terminado.

—¡A cenar niñas! —nos apremia nuestra madre.

Tras comerla entre risas y comentarios, recogemos todo y nos vamos al salón para ver una película. Sin embargo, por más que intento concentrarme en la pantalla, mi mente está trabajando por libre, pensando en aquel mensaje que he recibido y en la persona que lo ha enviado.

Cuando termina, subimos a los dormitorios, pero antes de entrar mi madre me llama.

—Sofía, ¿estás bien? Te he notado un poco rara.

—Sí, solo que estoy cansada, eso es todo.

—De acuerdo, hija. Que descanses.

—Igualmente.

Dicen que las madres no tienen cinco sentidos que pueden llegar a tener hasta ocho, por eso quizá mi madre se ha percatado de mi nerviosismo, no obstante, no le quiero decir nada, hasta que no tome una decisión, pues, su opinión, me la sé sin preguntarla.

Me meto en la cama y cierro los ojos, pero por más que intento dejar mi mente en blanco no lo consigo. Me resulta muy doloroso recordar lo que ocurrió aquellos días.

Cierro los ojos y todo se reproduce en mi mente como si fuera un video.

*Estaba en el instituto, era miércoles, acababa de tener gimnasia y al meterme en la ducha me di cuenta de que me había bajado el periodo. Maldije en mis adentros, pues la compresa de emergencia la tenía en la taquilla. Pensé que podría pedirle una a las chicas e ignorando las pullas que vendrían, después salí para pedírselas. Todas estaban en corrillo, y no se percataron de mi presencia, pensando que se trataba de algo importante, me subí y entonces lo vi. Un video editado por María, la que se supone que era mi mejor amiga. Cuatro de ellas se reían y le daban consejos para seguir creando efectos en momentos vergonzosos. Todos en esos momentos ella estaba a mi lado, por lo que no lo había grabado ella, aun así, ella estaba ahí tan tranquila, editándolo, burlándose sin importarle lo más mínimo mis sentimientos.*

*Las lágrimas anegaron mis ojos, dos cataratas se desbordaron. Por eso no me percaté de que varias cuchicheaban alertando al resto de mi presencia. Sin embargo, lo que hizo que saltara como un guepardo sobre ella, fue su cara de autosuficiencia y su sonrisa burlona.*



## Capítulo 4

A la mañana siguiente me levanto y lo primero que hago es vestirme para correr, después de volver a tener ese sueño necesito cargar mis pulmones de aire fresco y energía positiva. Las endorfinas producen un placer en mi cuerpo casi inmediato y me generan la suficiente fortaleza para saber lo que hoy haré.

Con la decisión tomada, vuelvo a casa y tras una ducha rápida, vestida ya con el bikini y un vestido veraniego de color azul, bajo a desayunar. Laura se encuentra con su ropa de deporte, bebiendo su batido proteico.

—Sofía, corrías superrápido, no te alcancé.

—Lo siento, llevaba cascos. Me voy a la piscina con Iris y Nerea. ¿Quieres venir?

—No, ya tengo unos planes, aunque a lo mejor luego me paso.

—Perfecto, que tengas un buen día —manifiesto echando el café en mi taza donde pone.

«El sol sale cuando te levantas». Regalo de mi madre de hace unos años.

Termino mi desayuno compuesto por un café con leche, y una tostada con aceite y unas rodajas de tomate, justo antes de que me llegue un mensaje.

Iris

¿Quedamos en media hora en la puerta?

Por mi parte le respondo con el pulgar para arriba.

Subo para lavarme los dientes y coger la mochila de la piscina.

Salgo de casa y cojo mi coche para ir. Al llegar, casi no hay coches y aparco al lado del de Iris. Las dos están ya en la puerta, y me saludan al verme bajar.

Con el carné accedemos sin pagar y sin hablar nos vamos al lugar que siempre nos ponemos. Tenemos sombra, sol y además estamos al lado de la piscina que adoramos, pues es en forma de L.

—Sofía, que tal terminó el día.

—Muy bien. ¿Y vosotras?

—¡Genial! —exclaman las dos y después Nerea se marcha al agua.

—Oye, Sofía, creo que tenemos una amistad, no quiero que pienses que soy una chismosa, pero ¿por qué tu madre se puso así al ver a ese chico?

Suspiro y pienso como decírselo.

—Es una larga historia. Digamos que, en el pasado, su hermana era mi mejor amiga, pero en verdad era la cabecilla siempre para dejarme en ridículo.

—Ahora entiendo que tu madre quisiera arrancarle la cabeza. No te preocupes, no voy a decir nada a nadie. Solo me da pena, porque eres una chica increíble.

—Gracias, Iris —manifiesto antes de fundirnos en un abrazo.

—¡Oye! —escuchamos desde la piscina—. ¡El abrazo nos lo podemos dar en el agua! —exclama Nerea sonriendo.

Nos levantamos y corremos hasta la piscina, y justo antes del borde, saltamos y nos introducimos en el agua. Al sacar la cabeza, nos unimos y nos damos un abrazo.

—¡Vacaciones! —gritamos las tres haciendo que nos miren los pocos visitantes que ya hay.

Me hago unos largos hasta que noto los brazos cansados y me quedo en el borde profundo, pero apoyándome en el borde.

Cierro los ojos, dejando descansar mi cuerpo y entonces escucho.

—Quién fuera el agua para rodear tu cuerpo —sonríó sin abrir los ojos, pues sé de quién se trata.

—Te aconsejo que vayas al oculista, creo que ves mal.

—No lo creo, estoy viendo en este momento una escultural mujer.

—Zalamero —menciono sonriendo, antes de abrir los ojos—. ¿Qué tal?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, aquí a remojo —manifiesto al tiempo que me separo para volver a nadar—. ¿No te metes?

—¿Quieres que me meta contigo?

—No, lo que quiero es ganarte en una carrera.

Nacho no se lo piensa dos veces y se lanza al agua. Segundos más tarde aparece a mi lado. Posiciona sus manos en mi cintura, pero me escabullo y comienzo a nadar. Escucho detrás de mí como Nacho se queja de que no vale, que he hecho trampa, pero no me paro, continuo nadando.

Sonríó cuando llegamos al mismo tiempo.

—Oye, pequeña tramposilla, esta carrera no vale.

—¿Quién lo dice? Hemos quedado en empate.

—Claro porque has comenzado antes que yo, si no sabes que te hubiera ganado.

—Por eso mismo lo he hecho —afirmo antes de salir del agua.

—¿Y la revancha?

—En una media hora —le respondo antes de guiñarle un ojo.

Camino hacia la toalla y me siento ignorando las miradas curiosas de las chicas.

—Hablar, que os vais a envenenar —les propongo ante su silencio.

—Que quieres que te digamos, siempre le dejas al pobre solo —declara Iris—. ¿Algún día le dejarás que te deje sin respiración?

—Puede ser, pero no delante de todo el mundo.

—Pero, ¿por qué? —exclama Nerea.

Me encojo de hombros, pues no quiero revelar el motivo.

Nacho sale del agua y se acerca a nosotras, yo que estoy tumbada boca abajo, con las gafas de sol, no dejo de mirarlo, mientras se acerca.

Es como ese modelo del anuncio, que sale del agua en el mar, y hacen que todas suspiremos en nuestras casas ante el espécimen que vemos.

Sacude su pelo en mi espalda y cuando me quejo me dice que estaba poniéndome roja.

—Eso es imposible, acabo de ponerme crema —me revelo.

—Pues yo lo estoy viendo. —Iris y Nerea se ríen y se levantan.

—Nos vamos a coger unos refrescos. ¿Queréis algo?

—Yo no, ¿Sofía? —responde Nacho sin percatarse de que les estoy fulminando con la mirada.

—Emm. No —respondo al fin.

Las chicas se marchan y yo me siento como un pez fuera de su entorno. No sé qué hacer.

Cojo la crema y me siento para echármela, sin embargo, es un error, pues Nacho arranca el bote de mi mano, al tiempo que habla.

—Sofía, que bien que tienes crema. Túmbate boca abajo que te la extiendo para que no te quemes.

Hago caso, porque estoy convencida de que en este momento estoy tan roja como una amapola y no deseo que lo vea.

Noto el líquido por mi espalda y después sus manos lo extienden. La sensación es maravillosa, y me sorprende a mí misma al pensar, que bien se sentaría sus manos por otras partes de mi cuerpo.



## Capítulo 5

Cuando llegan las chicas, han pasado casi veinte minutos, demasiado tiempo para coger unos refrescos.

—¿Había mucha cola en la cafetería? —pregunto levantando las gafas de sol.

—No, la culpa la han tenido unas vistas que no veas —manifiesta Nerea abanicándose.

Asiento y Nacho en ese momento decide que es hora de otro baño.

—¿Vienes, Sofía? Creo que es la hora de mi revancha.

—Eso no es justo, ahora mismo me vas a ganar —revelo haciendo un puchero.

—Vamos, tal vez te deje ganar en esta ocasión.

No lo pienso dos veces y me levanto superrápido y corro hacia la piscina. Nacho, que se ha quedado alucinando por mi agilidad, salta un par de segundos después que yo.

—No dejas de sorprenderme —susurra cerca de mí. Sus ojos observan mis labios y se muerde el suyo de forma sexy.

Un calor me invade, por lo que me vuelvo a introducir en el agua, y al sacar de nuevo la cabeza le veo ya preparado para la carrera.

—Te daré una ventaja de cinco segundos —plantea para mi sorpresa.

—¿Me vas a dar ventaja? —repito, con asombro.

—Sí, pero si me ganas te diré el motivo, si no me callaré. Aprovecha la oportunidad.

Me posiciono e Iris comienza la cuenta atrás.

Cinco, cuatro —le miro—, tres —me mira—, dos —miro al frente—, uno.

Salgo y vuelvo a escuchar a Iris contar desde cinco. Nado con soltura, intentando coger un ritmo estable. Veo el bordillo cada vez más cerca y finalmente alcanzo el bordillo, antes que él.

Veó cómo Iris aplaude y Nerea me levanta los pulgares hacia arriba, pero lo que me deja atontada es la persona que está fuera del agua, unos metros detrás de mis amigas.

—Alejandro —susurro, pero Nacho lo escucha.

—¿Quién es? Ayer también le vi en la universidad.

—¿Eh? —emito sin procesar lo que ha dicho—. Él... Él es alguien de mi pasado —menciono rezando para que no pregunte más.

—Por tu reacción no creo que sea alguien que te alegre, no te preguntaré por él, tranquila.

—Gracias. —Nado hacia la escalera para salir, y entonces Nacho me sorprende diciéndome por qué me ha dado la ventaja.

—Sofía, lo justo es que una tarde quedes conmigo.

Me quedo parada y me giro antes de subir.

—¿Quieres decir que quedemos una tarde para ir por ahí?

—Sí, tal vez, ir al cine, palomitas, risas, o una exposición de fotografías, y luego a cenar... ¿Qué te parece?

—Me parece una idea genial.

—Perfecto, como no quiero que te arrepientas, ¿hoy?

—Lo siento, hoy no puedo, pero te prometo que no me voy a arrepentir, ¿mañana? —propongo con una sonrisa.

—Perfecto. Te escribo para acordar el sitio y la hora —asiento y ya sí, salgo de la piscina, con él detrás de mí, mirando mi grande y hermoso trasero, nótese la ironía.

Camino hacia la toalla y veo a Alejandro acercarse, pero se detiene al ver a Nacho seguirme los pasos. Pese a que tiene gafas de sol, percibo su mirada a través.

—Sofía, voy a traer algo de beber, ¿quieres algo?

—No. Me he traído un zumo. Gracias —revelo sacándolo para bebérmelo.

Nacho se marcha y centro mi atención en mis amigas, las cuales están hablando con un grupo de chicos y chicas. Al menos hasta que percibo a alguien detrás de mí.

—Veó que estás ocupada. —La voz de Alejandro hace que me ponga en alerta—. Solo quiero saber si vas a venir.

—Mucho —suspiro y me levanto para mirarle a los ojos—. ¿Quieres saber si voy a ir para que no te quedes esperando como un tonto? No te preocupes, si voy a ir. Yo no soy como tú.

Al terminar, le doy la espalda y me dirijo hacia mis amigas. No miro ni una sola vez para atrás, eso supondría darle esperanzas, que por supuesto no le daré.

Llego a mis amigas y tras presentarme, me integro en la conversación. Un rato después el sol está pegando fuerte, por lo que decido moverme a la zona de sombra, para no quemarme.

Saco el bocadillo y la ensalada junto con los cubiertos. Todos me compartimos lo que traemos y al terminar nos embadurnamos en crema solar, antes de zambullirnos en el agua.

Los cuatro jugamos durante bastante tiempo y salgo del agua cuando estoy más arrugada que una pasa.

—Me he pasado mucho tiempo a remojo. Parezco una pasa, de lo arrugada que estoy —menciono y todos se ríen.

—Yo veo una pasa muy hermosa y apetecible.

—Sí, claro —respondo intentando tomármelo a broma.

—No, es en serio —afirma mirando con la cara seria.

—¡Venga!, te creo.

Miro la hora y me doy cuenta de que debo ir a ducharme para que me dé tiempo a llegar a la cita.

—Chicas me marchó —revelo recogiendo todo.

—Nosotras también. ¿Nacho?

—Yo también, sin vosotras no hay diversión —añade mirándome solo a mí.

Nos marchamos a los vestuarios y entro en la ducha tras coger lo necesario. Veinte minutos después abandono las instalaciones despidiéndome de los tres.

Me monto en el coche y tras respirar profundo, emprendo el viaje hasta el último lugar, qué deseo ir, pero qué por una vez, veo que es necesario, sobre todo para cerrar heridas.



## Capítulo 6

Pese a llegar mucho antes de la hora, Alejandro ya se encuentra en el lugar. Su espalda ancha cubierta por una camiseta de manga corta se adhiere a su piel como un guante.

Mientras me acerco, me repito varias veces que esto es necesario para cerrar este capítulo de mi vida de una vez por todas. Por qué para ser honesta María y yo lo tuvimos, pero Alejandro y yo no.

«Él no vino». Repito en mi cabeza, justo antes de llegar.

—Bueno, aquí estoy, dime lo que quieras decirme para irme —solicito de manera educada, pero tajante.

—Hola, Sofía —responde antes de quitarse las gafas y mirarme.

Esos ojos verdes que una vez creí que me miraban con amor, despertando en mi tripa las famosas mariposas, pero que ahora no me hacen sentir nada. Suspiro antes de cruzarme de brazos.

—Hola, Alejandro, puedes comenzar a hablar, no tengo toda la tarde.

Él me mira sorprendido por mi forma de hablar y yo decido mostrarle lo mucho que he cambiado.

—Si no comienzas a hablar me voy a ir, la compañía no es grata como para sentarme a esperar a que te decidas.

—Me dijeron que habías cambiado, pero no esperé tanto.

—¿Te dijeron? —cuestiono mirándole con rabia—. ¡Claro! Entonces deberás ir y reclamar a quien sea que no te ha dado la información correcta. Esta es la mujer en la que me he tenido que convertir para que personas como tú, no me hagan caer en un pozo sin fondo.

Alejandro me mira boquiabierto y yo no tengo ganas de seguir mirando su cara de panoli.

—Mira o hablas o me voy, no lo digo en broma.

Suelta un bufido y se sitúa frente a mí con furia.

—¿Puedes dejar de pensar que yo soy como esas personas? Yo no soy así. Durante todos estos años me he mantenido al margen porque quería protegerte, pero ya estoy cansado, quiero explicarte todo lo que desconoces, deseo hacerte entender que yo no soy como mis padres y mi hermana.

—¿A sí? Y pretendes que te crea, así como si nada. Cuando años atrás solo me mentiste, me utilizaste, no creas que volveré a caer en tus brazos como en el pasado. Te entregué lo más valioso que tenía, para que días después me enterara de que todo fue por una apuesta.

—Eso no fue así, María te mintió.

Una carcajada sale de mi boca y no la contengo ni lo más mínimo.

—¿María solo mintió? No seas hipócrita, todos me mentisteis y si no llega a ser porque hay gente buena en este mundo, hubiera caído para siempre en una depresión.

—Sofía... —susurra impactado—. Te lo juro que no soy como ellos. Y si tengo que demostrártelo de otra forma, te lo aseguro que lo haré.

—Alejandro, te lo voy a poner muy fácil. No deseo que me demuestres nada, no quiero saber nada de ti, ni de tu estirpe, no es necesario que me des más datos, ni que pretendas que cambie de opinión, no lo voy a hacer —argumento sin darle pie a que hable—. He venido hoy para decirte que gracias a vosotros, a lo que me hicisteis, me he convertido en la mujer que soy ahora, por eso lo único que te quiero dejar claro, es que os doy las gracias. —Alejandro me mira asombrado con la boca abierta y yo continuo—, sí, por qué gracias a lo que me hicisteis, pude abrir los ojos, pude convertirme en la mujer fuerte y decidida que soy, y estoy segura de que, si me topo con gente como vosotros, podré salir vencedora y si me caigo, porque al final soy humana y todos tenemos tropiezos, pues me limpiaré el polvo, me levantaré y volveré al camino con la cabeza en alto.

Durante unos segundos nos miramos a los ojos los dos, aunque al final Alejandro agacha la cabeza y pronuncia para mi desconcierto.

—Hay un dicho que dice, quien no quiere ver, no verá ni lo que tiene en frente. Eso te ocurre a ti. He vuelto para demostrarte de que yo no soy así, no como crees y si en algún momento cambias de opinión porque eres humana como has explicado, si la quieres la tendrás, pero antes de que te vayas quiero decirte algo más.

»Si tú estás en una habitación sin luz, no puedes ver si hay colores, o de qué color son las paredes, puedes intuir los muebles, y lo que hay alrededor, porque al final la vista se acostumbra a la oscuridad. Pero en algún momento la curiosidad por saber de qué color es, o verlo con claridad, es más grande. Si eso ocurre en algún momento de tu vida, y lo quieres averiguar; escíbeme o llámame.

Me pone una tarjeta en mi mano y sus labios rozan mi mejilla antes de depositar un escueto beso antes de apartarse.

No tengo forma de responder a lo que ha dicho, y probablemente, no deba conservar la tarjeta, pero en este momento solamente la guardo, en el bolsillo del vestido que llevo.

No decimos nada ninguno de los dos, aunque su mirada es de un hombre triste. Suelto el aire que estaba conteniendo y me giro para marcharme. Noto su mirada mientras me distancio de él,

pero no dice nada, para mi sorpresa.

Llego al coche, y me introduzco, y me estremezco al verlo mirándome desde el mismo sitio. Sin gafas, al contrario del atardecer, con el cielo anaranjado, una estampa muy bella, pero muy triste también.

Arranco el motor, cuando ya no puedo más, y miro el espejo, antes de meter la marcha atrás. Según me alejo, noto como si me hubiera liberado de una carga, porque, aunque él haya dicho que va a esperar, en el fondo él imaginaba que le dejaría hablar.



## Capítulo 7

Nada más llegar a casa, deposito la mochila en la cocina y me dirijo a mi dormitorio, no obstante, antes de que alcance mi destino la voz de mi madre me detiene.

—Sofía, ¿ya has llegado?

—Sí, voy a cambiarme y ahora vengo.

—De acuerdo. —El tono de voz indica que está molesta, pero accede.

«¿Sospecha de dónde vengo?». Reflexiono en mi mente subiendo los escalones de dos en dos.

Me cambio de ropa y me pongo una camisola para estar fresca, después de embadurnarme de leche hidratante.

Bajo al piso inferior y me dirijo hacia el porche, donde están mi madre, mi hermana y nuestro tío Samuel.

—¡Hola! —exclamo al verlo—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace unas horas —indica con una sonrisa misteriosa—. ¿Cómo está la mejor fotógrafa del Madrid?

—Bien —revelo antes de sentarme en el sofá con mi hermana.

—¿Qué tal el día de piscina, Sofía? —interroga mi madre.

—No ha estado mal, nos lo hemos pasado bien.

—Entonces, ¿quién os acompaña hoy?

—Iris, Nerea y Nacho. Aunque si te refieres a Alejandro, sí estuvo en la piscina y me habló.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le planté cara, y después lo ignoré —revelo mirando a las dos—. ¿Podéis confiar en mí?

—Hija, en ti confiamos, pero en él no. ¿Para qué ha vuelto? ¿Cómo sabe dónde estás? ¿No te parece sospechoso?

—Tampoco es que me esconda, y la verdad no me importa. Puede intentar lo que quiera, ya no soy la misma —menciono con seguridad.

Todas las palabras que salen de mi boca son sinceras, pese a que ellas no sepan que le he visto después, que he escuchado el discurso que tenía preparado, pues tampoco funcionó.

Mi madre me observa como una mamá leona, pendiente de todas las reacciones, y que decir de mi hermana, ella también se fija en mi comportamiento, pues de las dos, es la que mejor detecta cuando me hallo nerviosa.

—Todos sabemos que no eres la misma —interviene mi tío después de unos segundos de silencio—, bueno, sobrina, yo tengo un regalo por tu graduación. A tu hermana ya se lo he dado y ahora es tu turno.

Giro el cuello y veo a mi hermana con una sonrisa de esas que dicen. «Vas a flipar», y no tardo en mirarle curiosa.

—¿Estás preparada? —interroga con la ceja alzada.

—Sí.

—Bien. Te voy a regalar un estudio remodelado para que seas todo un referente en la zona. ¿Qué te parece?

—¡Oh, Dios mío! —exclamo eufórica—. ¿En serio? —cuestiono sin poder creérmelo.

—Sí, hija. Hoy he ido a mirarlo, y es espectacular —confiesa mi madre.

—Pero eso no es todo. Como tu madre ha tenido que contribuir, voy a hacerte otro regalo. —Mi mamá protesta, pero mi tío continúa—, me han dicho que una profesional de la fotografía, como lo es mi sobrina, necesita varias cámaras con las que trabajar, por eso, te voy a regalar para tu estudio, la joya de la corona.

Literalmente estoy alucinando. No me lo esperaba en absoluto. Es verdad que llevo meses pensando que debería encontrar un trabajo para ganar confianza y darme a conocer, pero nunca imaginé que mi tío me haría semejante regalo.

—¿Podemos ir a verlo? —es lo primero que se me ocurre decir.

—Claro que sí, mañana lo iremos a ver y decides si lo dejas como lo hemos ideado —interviene mi madre con una sonrisa.

Asiento y entonces me acuerdo de que he quedado con Nacho.

—¿A qué hora iremos? Tengo planes por la tarde —indico sonrojada.

—¿Y eso? ¿Con quién has quedado? —preguntan mi madre y mi hermana al mismo tiempo.

—Con Nacho —expongo sin dar más datos.

—¡Aleluya! —clama mi hermana con los brazos como si diera gracias a Dios.

—¡Ya era hora! —alaba mi madre.

Mi tío suelta una carcajada y se levanta.

—Les dejo con sus chismes, voy a ir a pedir la cena. ¿Sofía? —pregunta mirándome—. Creo que un chino irá genial, ¿no?

—Por supuesto. Gracias.

Las dos guardan silencio y al desaparecer de nuestro campo de visión mi madre se levanta y se sienta a mi lado, mientras que mi hermana tira de mí para que quede en el medio.

—Los detalles —manifiesta mi madre.

—¿Cómo te lo pidió? —interroga mi hermana.

Entonces me río y comienzo a relatarles como pasó todo.

—Si es que se le notaba. Se le caía la baba cuando te veía.

—¿De verdad?

—Sí —responden las dos con risas.

Mi tío aparece de nuevo y nos explica que en cuarenta minutos llegará la cena.

—¿Has pedido rollitos de primavera? —inquire mi hermana.

—Eso nunca puede faltar.

Pasamos el tiempo escuchando las anécdotas que nuestro tío nos cuenta. Hasta que un rato más tarde llega la cena.

Cuando me acuesto en la cama, me encuentro muy emocionada por los acontecimientos del día de hoy. Acurrucada en mi cama, me quedo dormida con una sonrisa adornando mi rostro.



## Capítulo 8

El sol ya ha salido cuando abandono la cama y camino hacia el baño. Una vez acabado todo en el aseo, bajo a la cocina para desayunar.

Según desciendo escucho las risas de mi hermana, junto con las de mi tío y mi madre.

—¿Os lo estáis pasando genial sin mí?

—Para nada —niega mi hermana.

Les doy unos abrazos a cada uno con un beso y me dispongo a prepararme el desayuno.

—Come con tranquilidad, tengo que salir a hacer unas gestiones al banco y luego vengo por las tres.

—Perfecto —revelo, vertiendo la leche en la taza.

Mi madre se pone a recoger la cocina y mi hermana me comparte los sitios que quiere ir en nuestras vacaciones.

—Quiero ir a esta discoteca, me han dicho que hay que conseguir las entradas con antelación —pide con cara de cachorro.

Me rio, ese acto solo significa una cosa, nuestra mamá le ha dicho que no.

—Laura, ya he dicho que nanay de la china —informa nuestra madre.

—Pero... —protesta, pero se calla al verle la cara—, vale —acepta, pues, no le queda más remedio—. Me marcho a mi dormitorio, me avisáis cuando nos vayamos a ir.

Mi hermana se marcha casi refunfuñando y yo observo a mi madre.

—¿Sucedo algo?

—Sí. No queremos que vayáis ahí porque se han dado varios casos de abusos. Te lo decimos porque no queremos que pienses mal y porque estéis alerta.

—Vale. Ahora lo entiendo. No os preocupéis estaré atenta.

Asiente satisfecha, y yo continúo desayunando mientras miro las redes sociales.

Subo a mi dormitorio y lo primero que hago es ir al baño y hacer mi ritual de belleza. Cepillado de dientes, *serum* en la cara, crema hidratante con un poco de maquillaje. La línea en el párpado, unos toques de colorete y el *gloss* en los labios.

Conforme con lo que veo, continúo con el pelo y al terminar, me dirijo al armario donde saco un vestido de tirantes de color azul, que es muy vaporoso.

Termino el conjunto con unas sandalias de cuña con esparto, y meto mis cosas en un bolso beis similar a las sandalias.

Antes de salir me rocío un poco de colonia y abandono mi habitación para ir donde mi hermana. La encuentro canturreando mientras se termina de maquillar.

—¿Has terminado antes que yo? —cuestiona, aunque es algo obvio.

—Sí, no me complico mucho la vida.

Se acerca a mí, e inspecciona mi rostro.

—Has hecho un buen trabajo —me alaba, mientras se aleja—. Pero vas a dejar que tu hermana te dé su toque.

Sonrío de medio lado, y alzo la cara porque sé dónde tocará.

—Con este color, tus ojos se parecerán más grandes —menciona pasando la brocha por mi párpado.

Una sonrisa se asienta en mi cara, y al terminar, procede a marcarme los pómulos y al acabar, mueve la cabeza conforme.

—Ahora sí. Vámonos.

Bajamos las escaleras y caminamos hasta la cocina donde están. Poco después nos vamos en mi coche, mi hermana y yo y mi madre se marcha con mi tío.

El trayecto hasta el local lo hacemos con ilusión y nervios. Para nada me imaginaba que algo así podrían regalarme.

Es verdad que mi madre en muchas ocasiones me ha dicho que si sabes hacer una cosa es mejor trabajar sola, si necesitas aprender, siempre se puede aprender, ya sea con cursos o trabajando con otra persona, pero no debemos conformarnos con ser siempre empleados, sino que tenemos que aspirar a ser los dueños.

El barrio en el que se encuentra el estudio está en el barrio de Bellas Vistas. Dejamos el coche en un aparcamiento cercano al mercado de las maravillas, y caminamos hasta la calle Bravo Murillo, agarrada del brazo de mi tío, me explica cómo sucedió.

—Iba conduciendo por esta calle y era la hora de salir todos del trabajo. Había mucho tráfico. Me quedé parado, y miré alrededor, entonces vi un cartel «Se vende» desde donde estaba, la verdad es que no podía saber si el local era un cuchitril o merecía la pena. Otro día estaba cerca y decidí ir a mirarlo, y al llegar, tuve suerte porque el dueño estaba enseñándoselo a una pareja. Ellos le estaban poniendo mil pegas, imagino para que bajaran el precio. Total, que ellos se marcharon y yo le pregunté.

—¿Pero entraste así sin más?

—Sí. Estaba buscando el regalo para mi sobrina y se estaba complicando la cuestión, dije voy a probar. En definitiva, el dueño me explicó todo y al terminar, me habló del dinero que costaba. En cuestión de superficie y la localización, el precio era más que aceptable y cuando le dije que

me lo quedaba. —Sé para y me mira, al tiempo que yo le miro confundida—, ahora cuando estés preparada, gírate y observa tu local.

Suspiro y de repente me embriagan los nervios, aunque poco a poco me doy la vuelta y el mundo se detiene para mí durante unos segundos.

El local, como bien había dicho mi tío, continúa con las reformas, pero se puede apreciar muchas cosas que me resultan increíbles.

El capataz sale al ver a mi tío y se saludan con afecto.

—Ya conoces a mi hermana y ellas son mis sobrinas. Sofía, que es la propietaria del local y una maravillosa fotógrafa, y Laura, mi otra sobrina, una excelente maquilladora.

—Encantado. Sofía, espero que te guste cómo está quedando el local, tu madre tuvo buen acierto al hacer esos ajustes y pedir algunos cambios.

—Muchas gracias.

—Pasar... podéis mirar sin problema.

Entramos y lo único que puedo hacer es abrir la boca. Debo tener una cara de bobalicona que no se puede disimular, pero no me importa. El local está, sin duda, pensado en mí, los colores, la disposición. Entro en el cuarto de revelado y Diego, el contratista, me dice dónde irá cada cosa.

Asiento según me va diciendo y le hago un par de propuestas, a lo que él responde que se puede añadir sin problema.

Abandonamos el local, un rato después por mi parte con una sonrisa bien grande, mi familia, sonrientes, a causa de mi felicidad.



## Capítulo 9

Al llegar a casa, y tras cambiarnos, nos sentamos un rato hasta la hora de comer. Tan solo tenemos que freír unos filetes en la plancha, pues de acompañamiento tenemos ensalada variada.

—Sofía, ¿qué te vas a poner esta tarde? —pregunta mi madre.

—No lo sé, aún no lo he decidido. ¿Vestido o camiseta y pantalón?

—Yo opto por vestido —interviene mi hermana antes de sacarme la lengua.

—Sabes que yo siempre opto por pantalón, pero creo que hoy estoy con tu hermana —expresa mi madre.

—Estaba pensando ponerme el mono de pierna ancha.

—¡Oh!, pues también es una buena idea. Te sienta muy bien. Creo que voy a apoyar tu elección, solo si me dejas que te maquille yo —intercede emocionada Laura.

—Venga, vale —claudico sonriendo.

Un rato más tarde, caminamos las tres a la cocina donde preparamos todo y degustamos el almuerzo.

Al terminar, subo a mi dormitorio y llamo a Nacho.

—Hola, Sofía. Te iba a mandar un mensaje en un rato.

—Ah, pues ya me he adelantado yo. ¿A qué hora quedamos?

—Si te parece bien, y prometo no dejar que te derritas al sol, podemos quedar a las seis.

—Perfecto —respondo colorada—. ¿Lugar?

—Espero que no te importe que pase a buscarte, quiero que sea una sorpresa el lugar.

—Para nada. Entonces estaré lista a las seis. Luego nos vemos.

Pese a que no lo veo, se percibe que está sonriendo hasta que responde.

—Hasta dentro de un rato, Sofía. —El tono de voz con el que lo ha dicho, hace que mi vello se alce, y antes de que se dé cuenta de mi perturbación le murmuro.

—Claro. Adiós.

Cuando cuelgo, soy consciente de que mi voz ha sonado afectada, pero luego me doy cuenta de que es Nacho, y que probablemente solo me gaste una broma al vernos.

Sin pensar más sobre lo acontecido, me levanto y busco a mi hermana.

—Laura —la llamo al entrar en su dormitorio.

—Dime —responde sin levantar la mirada del móvil.

—He hablado con Nacho, viene por mí a las seis. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararme?

—Desde ahora mismo. Te voy a dejar impresionante, para que a Nacho no le quede más remedio que robarte y llevarte lejos para tenerte solo él —manifiesta levantándose.

—Estás muy loca. Eso no ocurrirá en los próximos años, o tal vez nunca.

—¡Dios! ¡Qué negativa estas! Deja esos pensamientos, algún día un hombre conquistará tu corazón, con él tendrás muchos sobrinos que, por supuesto malcriaré, está en el manual de las tías y tú, tú serás inmensamente feliz.

—Es posible —indico sonriendo—, aunque no creo que eso ocurra en un futuro cercano.

—Pues claro que sí. Veamos, te voy a poner una mascarilla y después comenzamos con el ritual.

—¿Cuánto tiempo dices que debo tener ese mejunje en mi cara?

—Siempre quejándote, debes tenerlo al menos cuarenta minutos —menciona con voz que no admite réplica.

—Eres como papá cuando quería que no insistiera —pronuncio sin pensar y al segundo me arrepiento.

—Sí, lo sé —expresa con gesto triste—, me lo dice mamá muchas veces.

—Lo siento —musito porque mi hermana lleva de otro modo que nuestro padre ya no esté entre nosotros.

—No es tu culpa. Vamos, no hay tiempo que perder. —Me apremia, antes de guiarme hasta el sillón que se compró hace poco. Es parecido al que puedes encontrar en cualquier salón de belleza.

Reclinada en el cómodo sillón, mi hermana me pone la mascarilla y al finalizar, se dispone a arreglarme las uñas. Comienza con los pies y después con las manos.

El tiempo pasa demasiado rápido, sin embargo, no sé lo digo a mi hermana, no vaya a ser que se ponga a darme la charla sobre lo maravillosa que es y el talento que tiene.

Que sí, que es verdad, pero tampoco hay que estar alimentando su ego, porque ya tiene un tamaño desmesurado y dentro de poco es posible que ocupe espacio de mi habitación.

Nada más terminar de retirar el potingue de mi cara, suelto un alarido de satisfacción.

—¡Por fin! —exclamo elevando el tono de voz.

—¡Pero mira que eres una exagerada! Si casi te quedas dormida —revela indignada.

—Vale, vamos a dejarlo, ¿qué toca ahora?

—Ahora toca que te vayas a tomar por culo, y te busques la vida.

Abro los ojos asombrada y ella se ríe, como una tirana.

—Ves, yo también sé jugar a decir lo que no pienso —resuelve con picardía—. Ahora te toca a ti.

—Vale, es posible que no haya sido tan malo como en otras ocasiones y haya dramatizado.

—Eso está mejor. Ahora, vuelve a tu lugar, que te voy a dejar preciosa.

Hago caso y media hora después me encuentro mirándome en el espejo, asombrada por cómo me veo. Mi rostro está maquillado, pero sin estar recargado.

La sombra de ojos está difuminada en varios tonos de rojo, lo cual hace que resalte mis ojos y los labios en color rosa suave.

En el pelo, me ha hecho un medio recogido y en la parte de abajo con las tenazas me ha realizado unos tirabuzones. Me veo realmente bonita.

—Si te he dejado así a ti, seguro Nacho babeará nada más te vea. Venga, vamos a por el mono.

Caminamos hasta mi dormitorio y me cambio la ropa. Antes de terminar de subir el mono, hago un pis y me echo de nuevo desodorante.

Entro de nuevo en la habitación y termino de vestirme antes de que mi hermana elija los complementos. Un collar de oro, en el cuello, con su pulsera a juego y los pendientes.

Mientras elige el bolso, agarro el franco de perfume y me rocío unas gotas en mi cuello y escote, puesto que la parte de arriba es en forma de pico.

—Muy bien, ahora los toques finales.

Me tiende el bolso elegido, el cual es dorado, igual que las tiras de las sandalias, las cuales no tardo en calzarme.

Preparada para salir antes de bajar, me miro en el espejo, y el reflejo de lo que veo, me hace sonreír.

Mi madre entra en la habitación, pues mi hermana le ha mandado un mensaje y se queda asombrada al verme.

—¡Dios mío, hija! Estás preciosa —exclama con los ojos brillantes—. No te muevas, te voy a hacer una foto.

Suelto una carcajada, pero ella ya está enfocando la cámara del móvil hacia mí.

Me saca varias fotos y la cara de felicidad y de orgullo de ella, me anima a afrontar mi primera cita de verdad.

La melodía de mi móvil me hace saber que mi acompañante está esperándome ya.

—Ve, hija. Disfruta y sobre todo pásatelo muy bien.

Sonriendo, bajo y abro la puerta. Nacho, que está apoyado cerca de la puerta del copiloto mirando el móvil, levanta la cabeza y se queda embobado mirándome.

—¡Madre del amor hermoso! —pronuncia asombrado—. Te juro que, si llego a saber que ibas a estar tan guapa, te hubiera pedido la cita hace dos años —afirma con seguridad.

—Hola, Nacho. No exageres, además tú tampoco estás tan mal —coqueteo antes de besar su mejilla.

El flirteo desde ese momento es algo que sucede por parte de ambos, mientras conduce hasta la capital. Aparca el coche en un estacionamiento público en el barrio de Delicias y a partir de ahí caminamos.



## Capítulo 10

Las palabras, a veces con segundas intenciones y otras veces sin ir más allá, son los acompañantes hasta el lugar que ha elegido Nacho.

Se trata de la biblioteca Municipal de Madrid, Joaquín Leguina y según se puede ver en la entrada, hay una exposición titulada «Un retrato romántico. La carte de visite».

La verdad es que, al leer el título, te haces una idea de lo que encontrarás, pero al final es mucho más sorprendente, pues para nada, es como yo pensaba.

La visita por la exposición es increíble y al salir se lo agradezco a Nacho.

—Tengo que agradecerte que me hayas traído, la verdad es que ni sabía la existencia de esta exposición.

—Está hace poco, aun así, estoy feliz de que me hayas acompañado y te haya sorprendido — menciona mirándome con intensidad.

Siento una atracción que me lleva hasta él, y antes de reflexionar en las consecuencias de ese acto, me acerco y le doy un beso en la mejilla, antes de abrazarle.

Nacho hace lo mismo y sitúa sus brazos en mis caderas, siento como encajamos, y aunque pensé que me sentiría incómoda, eso no ocurre.

El abrazo dura algo más que unos segundos, y al separarnos, Nacho me roba un beso cerca de la comisura de los labios.

Su mirada es de satisfacción, lo que me hace intuir que no ha sido accidental.

Caminamos de vuelta al coche y me sorprende al decirme donde vamos.

—¡Me vas a llevar a ver Mamma Mía! —emito asombrada.

—En efecto. Si mis contactos no me han engañado, llevas tiempo queriendo ir, pero no has ido. —Niego con la cabeza y él continúa—. Pues para mí es un honor invitarte —celebra con una voz parecida a la del teléfono.

Tan sorprendida me encontraba que no me he percatado de que ha parado el coche, puesto que lo ha aparcado y se está inclinando hacia mí.

Acaricia mi rostro con la misma devoción que se refleja en sus ojos, evito ronronear como si fuera un gato, aunque sí cierro los ojos, permitiendo que el sentido del tacto se amplifique, multiplicando las sensaciones.

Espero paciente que me bese, confieso que lo deseo, lo llevo anhelando desde ayer en la piscina, aunque sea una cobarde y pues siempre consigo arruinar el momento.

El sonido del «click» del cinturón me trae de vuelta y abro los ojos para mirarle y lo veo tan cerca que creo que si alguno habla tocará los labios del otro.

Su rostro se inclina y cuando creo que me besará, gira el rostro para volver a besarme muy cerca de la comisura de los labios antes de susurrarme.

—No pienses nada raro, deseo besarte, pero no lo haré en un coche, sucederá en un lugar especial, preciosa.

Se aparta y antes de que pueda reaccionar, sale del vehículo. Abro la puerta para salir yo, pero antes de que eso ocurra, veo a Nacho ofreciéndome su mano.

Salgo del coche y atrapa mi mano, antes de entrelazar sus dedos con los míos. Con el mando a distancia cierra el coche y andamos hasta la salida.

Varias veces miro a nuestras manos unidas, pero también como Nacho se da cuenta de lo que me sucede.

—¿Quieres que te la devuelva?

—¿¡Eh!? No, no es eso —manifiesto de forma acelerada—. Solo se me hace raro.

—Yo conozco una fórmula para que eso deje de pasar.

—¿Y cuál es? —cuestiono siguiéndole el juego.

—Pues se trata de algo muy simple en verdad. A partir de ahora, iremos con las manos entrelazadas, y para eso tendremos muchas citas, por supuesto.

—Fíjate, ¡y yo sin caer que era eso!

—Pues ya lo sabes, pero que sepas que no te has negado, por eso es posible que tengamos muchas —menciona con picardía.

—Hablando de eso. Tú sabes que en nada me voy a Ibiza.

—Verdad, pero el viaje no dura para siempre y tu teléfono tiene opción de videollamada, ¿verdad?

—¡Oh! Pues claro.

Con esta conversación tan relevante llegamos al teatro y Nacho saca su móvil para mostrar las entradas, poco antes de que nos dejen pasar.

Nuestros asientos están cerca del pasillo central, por lo que nos sentamos antes de que dé comienzo la obra de teatro.

Durante lo que dura el musical, lo vivo y lo disfruto igual que una niña y me impresiono al ver como a Nacho también le gusta tanto o más que a mí. Al terminar, salimos con las manos unidas, mientras comentamos entre risas.

—De verdad, me has sorprendido de que también te gustara.

—No veo por qué, me gustan las películas, ¿y no me va a gustar el musical?

Me encojo de hombros mientras sigo caminando, pero tira de mí, y acabo frente a él, con sus manos en mi cintura y tan cerca que por primera vez me gustaría ser yo la que tenga la iniciativa. Una mano sube rozando mi cuerpo hasta acabar en mi rostro. Aparta un mechón traicionero, el cual, se ha sujeto en mis labios, y se queda mirando mis labios mientras se muerde el suyo.

La gente alrededor camina rodeándonos, pero para nosotros no existe nadie. Ahora mismo estamos solos él y yo, y no existe nada a nuestro alrededor.



## Capítulo 11

El calor se entremezcla con otras sensaciones como la excitación y el nerviosismo, las ignoro, ahora mismo quiero disfrutar de este momento. Un pequeño suspiro se escapa de mi boca al verle acercarse y un pequeño roce de sus labios con los míos es suficiente para dejar la mente en blanco y dejarme llevar.

Su boca se mueve con maestría sobre la mía, pero yo no me quedo quieta, pues le hago frente mientras junto a mi cuerpo, al tiempo que alzo mis brazos para situarlos en sus hombros.

Ambos gemimos mientras nos dejamos llevar por lo que sentimos. En este momento no quiero ni debo dudar de si sus sentimientos son sinceros, si no busca aprovecharse de mí, en este momento quiero convencerme de que Nacho es la persona que puede complementar mi vida.

Poco a poco nos separamos, no porque queramos, sino porque debemos coger aire y normalizar nuestras respiraciones, puesto que se encuentran aceleradas producto de la pasión de los dos.

Nacho me mira con amor, mientras acaricia mi cara.

—Siempre consigues llevarme al límite —manifiesta todavía agitado.

—No eres el único —le rebato antes de sonreír.

Me mira unos instantes, antes de volver a besarme de forma fugaz, y entrelaza nuestras manos antes de caminar.

—¿Dónde quieres cenar? —pregunta mientras paseamos con rumbo a la puerta del Sol.

—Me da lo mismo.

—Veamos... Elige entre comida rápida, bocadillo, o restaurante.

—Qué difícil me lo pones —bromeo mientras evito que una carcajada se escape de mi boca—. Te dejo elegir si me dejas pagar la mitad.

—Ah, no, señorita. No está permitido. Yo invito —proclama y su cara me indica que no piensa negociar.

—Entonces elige tú.

Asiente, mientras tira de mí, hacia él.

—¿Vas a ser una niña buena y te comerás todo?

Madre del amor hermoso, esas palabras, ese tono de voz, esa mirada, cualquiera con una mente calenturienta pensaría que está hablando de otra cosa, y como no quisiera pensar mal, prefiero seguirle el juego.

—Yo siempre me como todo, no ves las curvas que tengo —manifiesto con seguridad.

—Eso es lo que más me gusta de ti —confiesa antes de darme otro escueto beso en la boca.

Nacho cambia la dirección y mientras recorremos las calles me dice que me llevará a un lugar, es que maravilloso. Las mariposas que hace tiempo revolotean en mi estómago, ahora se encuentran casi a la altura de mi faringe. Temo que de un momento a otro alguna se escape de mi interior, aunque sé que es imposible.

Cuando llegamos Nacho para frente a una puerta y antes de que entre me fijo en el rótulo.

«Serependia».

Me resulta familiar, pero no recuerdo por qué. El interior me impacta, pues para acceder hay que bajar unas escaleras y todas las paredes están decoradas, dando una imagen muy atractiva. Diversas mesas se encuentran vacías y una camarera muy amable nos invita a sentarnos en una cercana a la barra.

Nos entrega una carta antes de desaparecer.

—¿Me permites que pida la comida para ambos? —pide acariciando mi mano.

—Claro. Creo que conoces lo que tienen...

—Algo. He venido unas veces aquí, la última te dije que asistieras, pero no podías.

—¡Ahora me acuerdo! Por eso me resultaba familiar el nombre.

Nacho me mira orgulloso de que me haya acordado y entonces se inclina hacia mí.

—Me gusta que te acuerdes de lo que hablamos... Yo también recuerdo muchas cosas que me has dicho, aunque lo que más me gusta es tu manera de ser.

Me sonrojo, y él aprovecha para robarme un beso en la mejilla para luego susurrarme.

—Estás llevándome al límite y quiero ser un caballero.

—Eres tú él que aprovecha cada ocasión —rebato con inocencia.

Suelta una carcajada y las personas que se encuentran en la sala nos miran durante unos minutos de forma curiosa. Mi acompañante consigue controlarse, entretanto, yo le observo intentando no parecer boba.

La camarera vuelve y nos pregunta que queremos de beber. Nacho y yo pedimos dos cervezas sin alcohol y después le hace el pedido de la comida. Un entrante para compartir y dos platos principales, uno para cada uno.

—Si queremos algo más, luego se lo pedimos —menciona a la camarera.

—Perfecto, ahora os traigo las bebidas.

La chica se aleja y Nacho se inclina para hacernos una foto juntos.

—Nuestra primera foto —susurra con voz sensual.

—¿Acaso no tenías ninguna conmigo?

—No así, esta es nuestra primera cita.

—Ah vale, y espero que no sea la última —respondo dejando hablar mis sentimientos sin reflexionar.

—Por supuesto que no —revela mirándome decidido.

Separo la espalda del respaldo y me aproximo a él con una única determinación y es demostrarle que yo también lo deseo, no obstante, regulo, pues, la camarera en ese momento decide venir con las bebidas.

Nacho levanta una ceja y en su rostro se muestra una interrogación.

—Me han interrumpido.

—Lo sé, pero si quieres puedes continuar.

—No es lo mismo.

—Ya, pero te prometo que anhelo saber que ibas a hacer tan decidida —solicita dejando entrever sus ganas.

—Te iba a decir que me quedan unos pocos días para irme y que estaría muy bien poder repetir esta tarde, al menos una vez más.

—Subo la apuesta —interrumpe acercándose también—. Dos tardes.

Sonríó y él me recompensa con un guiño antes de acariciar mi rostro y pasar las yemas de sus dedos por mi labio inferior.

Ese gesto me hace intuir las ganas que tiene de besarme, pero se contiene para no dar un espectáculo. Agarro la cerveza y le doy un sorbo, Nacho me imita y juntos nos debatimos en un duelo de miradas.

Lo primero que nos traen es el entrante, y abro los ojos asombrada, estoy maravillada, todo tiene una pinta fabulosa. Los dos cogemos los tenedores y pinchamos, antes de llevárnoslo a la boca.

No puedo evitar que un gemido salga de mi boca.

—¡Está bueno, eh! —exclama seductor y yo asiento.

Disfrutamos de la cena, entre sonrisas, caricias y muchas miradas. Al terminar, Nacho paga la cuenta y antes de irnos le digo que tengo que pasar al baño.

—Yo también, vamos.

Miramos la zona hasta que lo localizamos y nos dirigimos hacia allí.

Cada uno pasa al suyo y yo no tardo en evacuar todo el líquido que tenía retenido. Antes de salir, me miro en el espejo y reviso que todo continúa en su lugar.

Abro la puerta y veo a Nacho al otro lado, apoyado de forma seductor mirándome. La parte de piel que se ve, gracias a los dos botones de la camisa que se encuentran desabrochados, me resultan demasiado *sexy* y las yemas de los dedos me hormiguean, pues, quiero tocarlo, de hecho, estaría en la gloria si paseara mis dedos por su torso, lentamente.

Aparto esos pensamientos, y le miro a los ojos.

—Creo que no soy el único con pensamientos calenturientos.

—Para nada... —musito intentando controlar mis impulsos.

—Espero que algún día nos dejemos llevar por esos impulsos de los que hablas —manifiesta con voz ronca, antes de entrelazar nuestras manos.



## Capítulo 12

Al salir, caminamos con las manos entrelazadas y en medio de un silencio cómodo, al menos hasta que Nacho me propone un plan para el día siguiente.

—¿Te apetece ir a bailar mañana? Hay un local que hacen unos espectáculos increíbles.

—Me encantará ir.

—Perfecto, y si no es abusar mucho de tu compañía, me gustaría que pasar el día contigo en la piscina.

Me río, sobre todo al ver la cara de cachorro abandonado.

—No abusas, además iba a ir igualmente. ¿A las once te viene bien? —sugiero envalentonada.

—Me viene perfecto. ¿Nos vemos allí, o paso por ti?

—Nos encontramos en la puerta. Es posible que mi hermana e Iris nos acompañen.

—Perfecto.

La conversación me ha mantenido tan concentrada que no me he percatado que hemos llegado donde se encuentra estacionado el coche.

Nacho me abre la puerta y entro al vehículo antes de que lo rodee y se siente en su asiento. Me mira antes de introducir la llave para arrancar.

Nos miramos durante unos segundos sin decir nada, al menos hasta que su mano se sitúa encima de la mía durante unos segundos. Mi mano se da la vuelta y él entrelaza sus dedos en los míos. Ninguno dice nada, no obstante, tampoco es necesario.

—Sofía, sé que es muy pronto, pero quiero decírtelo, lo necesito, aunque tampoco quiero que te asustes. Te quiero, desde hace mucho, pero también sé que Alejandro jugó contigo, que te hizo mucho daño.

Asiento e intento con todas mis fuerzas que las lágrimas no se derramen, pues puedo convertir el coche en un lago, sin embargo, es demasiado complicado.

—Llevo esperando mucho tiempo que me veas como alguien en quien confiar, y después de pasar la tarde de hoy, estoy convencido de que sientes algo por mí. Por eso te pido una oportunidad, quiero que seas mi novia.

Los ojos se abren por la conmoción que me han causado sus palabras.

—Tranquila, no te quiero asustar, solo me gustaría que lo pensaras.

Muevo la cabeza sin tener claro si estoy afirmando o qué, pero Nacho parece entender que sí.

—Gracias, preciosa —agradece antes de inclinarse y besarme con suavidad en los labios.

Dios, esto es más de lo que puedo aguantar, por eso, alzo los brazos y me pego a él todo lo que puedo. Mis pechos presionan su camisa, su torso y un calor se apodera de mí.

Nacho, parece que tampoco puede aguantar más porque se quita el cinturón antes de abalanzarse, y durante unos minutos nos dedicamos a besarnos hasta que el aire comienza a escasear, por lo menos en mis pulmones, pues él continúa besando mi cuello, entretanto, una de sus manos se mantiene en mi nuca. No puedo evitar querer más, por eso, giro la cara y sus labios vuelven a los míos durante un rato más.

No sé cuánto tiempo hemos perdido besándonos en el coche, cuando por fin conseguimos recuperar la compostura los dos. Pero definitivamente no ha sido una tarea sencilla.

El trayecto a mi casa, lo hacemos en silencio, con la música de radio de fondo y para mi decepción, demasiado rápido.

Quisiera que el viaje hubiera durado mucho más, pues en más de una ocasión hemos entrelazado los dedos, ha tocado mi pierna al situar su mano en ella, aunque yo tampoco me quedé quieta.

Cuando estaciona el coche frente a la puerta, las luces están apagadas y el reloj nos indica que es casi la una de la madrugada.

Salimos del vehículo y caminamos para la entrada, Nacho me abraza por detrás y tras subir un escalón me doy la vuelta, nos besamos lento al principio, como si nos estuviéramos tanteando, antes que de que aumente el ritmo de una forma considerable.

—Me gustaría estar más tiempo contigo. Se me ha hecho muy corto —manifiesta apenado.

—Lo mismo me ocurre —confieso con mi cabeza apoyada en su hombro.

Durante unos segundos nos mantenemos en esa posición hasta que nos separamos.

—Dentro de unas horas nos vemos —expongo haciendo un mohín.

—En menos de diez horas —dice acariciando mi rostro—. Estás tan suave hoy...

—Eso es culpa de Laura —aseguro antes de dar un paso para atrás.

—No, es tu piel, eres tú —rebate dando un paso para atrás—. Anda entra antes de que me arrepienta y deje de ser un caballero.

—¿Te convertirás en un ogro o algo parecido?

—No, me convertiré en un vampiro que te clavaré los dientes para convertirte en una de mi especie y luego convertirte en mi pareja.

—No creo que sea una tragedia —menciono picarona—. Digo, me gustaría tus dientes en mi cuello.

Nacho abre los ojos y abre la boca para soltar una carcajada, pero lo evito poniendo mi mano sobre ella.

—No te rías si no quieres ver a mi madre aquí — comunico en voz baja y al ver sus intenciones me separo con rapidez y camino hacia la puerta.

—¿Ahora te marchas? Sabes que esta conversación no se quedara aquí... ¿Verdad? — proclama con seguridad.

—Lo sé —respondo con sinceridad antes de decirle adiós y entrar en casa.

Cierto la puerta y a través del cristal observo como se marcha. Cuando ya no veo su coche, ando hasta las escaleras y no me sorprende al ver a mi hermana arriba del todo mirándome con una tarrina de helado.

—¿Quieres helado mientras me cuentas qué tal la cita?

Muevo la cabeza, entretanto suelto una risita.

—Por supuesto.



## Capítulo 13

Laura me mira con una sospechosa sonrisa en la cara mientras se acomoda en mi cama.

El helado entre medias y una cuchara en mi dirección es lo que veo al sentarme una vez me he cambiado.

—¿Y bien?

—Pues ha sido maravilloso —digo con emoción—. Primero me llevó a ver una exposición de fotografías, fue genial, pero es que después me llevó a ver al musical de Mamá Mía.

La cara de asombro de Laura me hace reír y continúo.

—Por lo visto alguien le había dicho que quería verlo y aún no había podido ir. Pero eso no es lo más sorprendente, porque a él también le gusta. ¿Quién hubiera pensado que él también le gustaba? —cuestiono en voz alta y Laura alza los hombros como si tampoco supiera—. En fin, la cuestión es que al salir, ocurrió algo inesperado.

El suspiro que suelto hace que mi hermana se meta una gran cucharada en la boca mientras me mira expectante.

—Nos besamos en plena gran vía como esas películas de enamorados, y te juro que para ambos todo el mundo que estaba desapareció, no existía —manifiesto, emocionada.

El suspiro de Laura no tarda en escucharse y yo me introduzco una cucharada en la boca.

—¿Y qué más?, ¡vamos!

—Pues cuando nos separamos me preguntó dónde quería cenar y como él insistió en que

pagaba, le dije que eligiera él.

—¿Dónde te llevó?

—Al Serependia, un restaurante superchulo, una noche nos vamos.

—Trato y que más —me apremia entusiasmada.

—Pues cuando salimos caminamos, a veces callados, y alguna que otra conversación, pero lo gordo fue al llegar al coche.

Mi hermana aguarda silencio, aunque sé que se está muriendo por saber qué ocurrió.

—Me dijo que me quería, que es posible que sea muy pronto, pero que quiere que sea su novia, pero me dijo que sabía que había tenido algo con Alejandro y que esperaría.

—¡Oh! Dios, en vez de helado necesito palomitas —exclama frustrada.

—Calla, que ya acabo. Bueno, tras esa declaración, tomé la iniciativa y le besé. Madre mía como besa... —me abanico con la mano acalorada—. De verdad, en fin, cuando nos pudimos separar, no sé cuánto tiempo había pasado, pero un buen rato.

—Cuanto me alegro, hermana. Te lo mereces, de verdad y aquí abajo —me increpa intrigada.

—Pues porque volvimos a besarnos y dijo que mi piel estaba muy suave, y algunas cosas bonitas, entonces me dijo que era un vampiro y que me clavaría los dientes para convertirme en su especie y así ser mi pareja para siempre. —Laura se pone roja de la risa que está aguantando y yo termino el resumen—. Total, que dejándome llevar, le dije que tampoco era tan mal plan tener sus dientes en mi cuello. —Laura se queda sin palabras con los ojos abiertos—, y tras eso, me separé y fui a abrir la puerta.

—Dios ahora entiendo que te dijera que esa conversación no había acabado.

Asiento feliz y mi hermana se precipita para abrazarme feliz.

—No sabes lo orgullosa que me siento de ti —susurra todavía abrazada.

—No ha sido fácil —revelo intentando retener las lágrimas.

—Nada de lo que merezca la pena es fácil, ya lo sabes. Pero lo importante es que no te has rendido y mira en la mujer que te has convertido.

Una sonrisa se asienta en mi cara y en silencio, ahora sí, terminamos el helado.

—Mañana vamos a la piscina, le escribiré a Iris por la mañana.

—Imagino que el enamorado también irá.

—Por supuesto. Y por la noche iré a bailar con él.

—Me gusta mi cuñado. Aprovechando el tiempo. Eso dice mucho de él — recalca aprobando lo que le he dicho y tras eso ella se va a la cama y yo a desmaquillarme para ir a dormir.

Una vez me introduzco en la cama, miro el móvil que la verdad me he olvidado de él por completo esta tarde y veo un montón de notificaciones, pero solo abro el WhatsApp de Nacho.

Se trata de la foto en el restaurante y abajo solo pone una frase.

«La primera de muchas» y el emoticono de los labios.

Yo por mi parte le mando un enlace. Se trata de la canción del *boomerang* de Edurne. Y al darle a enviar, le mando el emoticono del guiño, con la lengua fuera.

Dejo el móvil antes de que nos enfrasquemos en una cadena de mensajes que por supuesto nos mantendrán un rato despiertos y dentro de unas horas me tengo que levantar para encontrarnos en la piscina.

Una extraña emoción me embriaga y una nueva ilusión se asienta en mi corazón.

Unas horas más tarde me levanta mi madre al despertarme sentada en la cama.

—Hola, hija —saluda con un vaso de zumo de naranja en la mano.

—Buenos días —respondo cogiéndolo.

—¿Le cuentas a tu madre qué tal la cita?

Me río y me siento mientras le cuento todo lo que ocurrió en la cita, cuando acabo mi madre feliz me abraza y al apartarse me habla.

—Yo sabía que este chico era el indicado. Me alegro mucho de que por fin todo esté fluyendo entre vosotros.

—Yo también, mamá.

—Bueno, yo me tengo que marchar, portaros bien. Hablamos más tarde.

—De acuerdo. Te quiero —le digo antes de que se marche.

Ella me mira y me lanza un beso.

—Y yo a vosotras.

Como ya estoy despierta, me incorporo antes de coger el móvil y veo que son las nueve y media, por lo que todavía tengo tiempo.

Miro las notificaciones que tengo y al final entro en WhatsApp. Varios mensajes tengo sobre todo de grupos, los miro por encima y lo que veo es que hoy varios irán a la piscina.

Nacho me respondió al mensaje con un escueto, que yo no necesitaré buscar excusas para que nos veamos que tiene muchos planes para los dos y me desea buenas noches.

Luego tengo otro de hace diez minutos, donde me da los buenos días y otro donde señala que hoy la piscina estará abarrotada y que lo mismo adelanta los planes para no compartirme.

Suelto una carcajada y le envío el emoticono de la risa, con el del corazón.

Las notificaciones no tardan en comenzar a escucharse de mi teléfono. Sonrío mientras voy al baño, feliz como nunca me he sentido.



## Capítulo 14

Llego a la cocina y comienzo a prepararme el desayuno. Al menos hasta que la perezosa de mi hermana aparece.

—¡Qué pronto te has levantado!

—Fue mamá, y luego ya no pude coger la postura.

—Ah, comprendo.

Tras esa breve conversación, comenzamos a desayunar y al terminar, metemos todo en el lavavajillas y lo ponemos en marcha.

Al subir al piso de arriba, Laura me sigue hasta que se tumba en la cama, entretanto yo me fijo en la hora que es.

—¿Son las diez? —pregunto conmovida.

—Sí. ¿Qué bikini te vas a poner?

—El azul.

—No me acuerdo.

—Espera que te lo muestro.

Lo cojo del armario y se lo enseño antes de que levante el pulgar para arriba.

—Muy bien. Voy a prepararme —indica levantándose.

Muevo la cabeza dándole a entender que vale y me introduzco en el baño para lavarme los dientes y ponerme el bikini.

Mando un mensaje a Iris, pero me dice que irá un poco más tarde. Le respondo con un simple, OK

Quince minutos más tarde, con el bolso de la piscina sobre el hombro, bajo a la planta inferior y comienzo a guardar la comida que nos llevaremos.

Laura me ayuda en la tarea y una vez estamos preparadas, mi hermana me pide llevar su coche.

—Claro —respondo con una sonrisa.

El móvil en ese momento suena y compruebo que me llama Nacho.

—Hola —saludo nada más descolgar.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal?

—Bien, justo íbamos a salir ya.

—Ah, perfecto. Entonces ahora nos vemos.

—Genial. Hasta ahora. —Cuelgo la llamada, antes de ir al garaje donde nos subimos en el coche de mi hermana.

—Sofía, ¿escribiste a Iris? —pregunta mi hermana conduciendo hasta la piscina.

—Sí, me dijo que venía un poco más tarde, tenía algo que hacer.

—Ah, vale.

Cantamos algunas canciones que suenan en la radio y al llegar, aparcamos cerca de puerta, pues aún hay pocos coches.

Nacho se acerca a mí y sin titubear me da un pico en la boca, a continuación, saluda a mi hermana.

—Hola, Laura, ¡qué tal estás!

—Hola, cuñado. No te preocupes —responde alegre.

Nacho se ríe, y yo toso, pues inexplicablemente me he atragantado con mi propia saliva.

Con la risa de fondo de mi hermana, vamos hasta las puertas y enseñamos los carnets antes de acceder. Caminamos hasta nuestro lugar y extendemos nuestras toallas antes de que nos quiten nuestros sitios y nos quitamos la ropa que llevamos.

En mi caso llevo un vestido, camisero de rayas rojas y negras. Laura lleva un pantalón corto y una camiseta blanca que contrasta con el bikini rojo que lleva debajo.

Nacho, por supuesto, solo necesita quitarse la camiseta básica que lleva para estar listo, es por eso que se queda anonadado al verme sin el vestido.

Escucho a mi hermana decir que se marcha al agua, mientras dejo el vestido sobre el bolso. Percibo la mirada de Nacho, y me giro para enfrentarlo.

—¿Vamos al agua?

—¿Eh? Ah, sí, claro.

Caminamos y sin que me lo espere, me coge en brazos antes de correr hasta coger impulso y lanzarnos al agua. Salgo dos segundos antes de él.

—¡Pero estás loco! —exclamo, riéndome—. Avísame la próxima vez.

—Claro que estoy loco, pero por ti. Este bikini ha fundido los plomos de mi cerebro. Ahora solo deseo una cosa, ¿te haces una idea de que es?

Sin palabras, con semejante declaración que me acaba de hacer, con sus manos en mi cintura, y como aún estoy conmocionada, niego con la cabeza.

—Pues quiero llevarte donde solo te tenga para mí —declara antes de besarme en la boca.

Nos separamos ante los aplausos que escuchamos, y nada más separarnos, vemos a Iris, Nerea y como no mi hermana Laura.

Me sonrojo, por lo que me introduzco debajo del agua, para enfriarme mientras me dirijo hacia

las escalerillas.

—Hola, amiga mía, ¿cómo te encuentras? Sabes que deseamos todos los detalles —menciona en voz baja.

Una carcajada sale de mi boca, pero antes que diga algo aparecen dos personas que no deseo tener cerca. Jaime y Gabriel.

—Hombre, Sofía. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Los dos hombres me miran antes de mirar a mis amigas con interés.

—No el suficiente —murmuro en voz baja.

Iris y Nerea me miran buscando una explicación o una presentación, pero es Laura quien habla, y la cara de los dos cambia con rapidez.

—Chicas, estos dos hombres que se llaman Jaime y Gabriel, son dos chicos que les gusta coleccionar mujeres, y son amigos del mayor impresentable de Madrid, pues se creen que las mujeres deben pasar por las camas de todos.

Los bufidos de las dos y sus caras de asco, hacen que los dos cobardes huyan sin mirar atrás.



## Capítulo 15

Nacho aparece unos segundos más tarde y su gesto de confusión es palpable.

—¿Alguien puede decirme que pasa? —interroga y decido girarme y cogerle de la mano para llevarle a otro sitio apartado.

—Ven conmigo, te lo contaré.

La mirada que le envío a mi hermana y amigas es suficiente para que lo entiendan. Camino al borde de la piscina y me siento introduciendo las piernas.

Nacho toma asiento y espera a que comience.

—Verás... ¿Te acuerdas del hombre que estaba en la piscina el otro día?

—Sí, Alejandro Bravo me parece que se llama, ¿no?

—En efecto. Te lo voy a resumir un poco. María, su hermana y yo éramos muy amigas, y yo pues... me enamoré de su hermano —suelto de carrerilla—, la cuestión es que él hizo que me hiciera ilusiones, pero todo resultó parte de un plan malvado y bien orquestado por parte de muchas personas entre ellas, esos dos chicos que has visto.

—¿Y Alejandro? ¿Él también?

—Por supuesto, él quizá fue la pieza clave en todo.

Un bufido y varias patadas al agua es la reacción de Nacho, después solo silencio.

—No me ha pasado desapercibido que esa traición te hizo mucho daño.

—No lo voy a negar, pero ese episodio ya lo superé, y ya no soy la misma chica de entonces.

—¿Sabes? Me hubiera gustado conocer a esa chica.

—No había nada especial en ella, no encontrarás muchas cosas que ahora ves en mí.

—Da lo mismo. Y no lo he dicho por eso, sino porque tal vez en ese momento le hubiera demostrado a todo el mundo, lo mucho que vales.

Le miro sin entender y él prosigue.

—Estoy seguro de que se aprovecharon de ti, y querían que volviera a ocurrir, pero tú fuiste mucho más lista y no les dejaste. También estoy seguro de que tu hermana te defendió con uñas y dientes.

Una sonrisa comienza a planear por mi cara, pero la controlo.

—¿A que no me equivoco, mi preciosa novia?

—No —respondo colorada por el apelativo.

Acto seguido me levanto y me zambullo en el agua. Demasiadas verdades, demasiadas hipótesis acertadas, demasiadas coincidencias...

Noto su presencia antes de abrir los ojos, pero para nada me esperaba sus palabras.

—Sofía, te lo diré con palabras ahora, pero quiero que sepas que te lo pienso demostrar cada día que esté contigo, en cada cita que tengamos, en cada mensaje que te envíe.

Le miro sin comprender y él continúa.

—Sofía, te lo dije ayer y te lo digo hoy. Yo te quiero, y no te quiero para un rato, te quiero para siempre.

Sin palabras, de ese modo me he quedado. Nacho se aproxima, pero las chicas se lanzan y nadan hacia nosotros.

—Oye chicos, ya sabemos que están enamorados y todo eso. Pero también existimos —se queja Nerea.

—Lo siento, quería contarle algo a Nacho —me disculpo y las dos asienten comprendiendo.

—Vale, sin embargo, ahora, toca divertirse.

Los chapoteos, las bromas y los juegos, es lo acontece en esa parte de la piscina, donde ninguno hace pie, y por supuesto, no molestamos.

Durante más de una hora jugamos en el agua y al salir, estamos más arrugadas que una pasa.

—¡Dios mío! —exclamamos al salir.

—Ahora toca ponerse al sol para volver a nuestro estado natural —indica Iris.

—Apruebo la moción.

Nos tumbamos y no tardo en notar como Nacho extiende crema en mi espalda.

—No te vayas a quemar.

—Eso, eso. A cuidar a la novia —se jacta mi hermana y nuestras amigas se ríen.

Intuyo que Nacho les ha gesticulado algo, pues comienzan a carcajearse.

Tomamos el sol todas, antes de ponernos a comer.

—¿Qué plan tenéis para después? —pregunta Nacho y creo que con doble intención.

Laura levanta los hombros antes de que Iris y Nerea nos cuenten sus planes.

—Nosotras en un rato nos iremos, tenemos una fiesta esta noche. ¿Queréis venir?

—Sofía y yo tenemos planes para esta noche.

Ambas me miran y yo asiento antes de que miren a Laura.

—¿Quieres venirte? —pregunta Iris.

—Claro. No me voy a quedar en casa como una monja. ¿A qué hora?

—Te mando un mensaje, porque lo mismo vamos en taxi.

—Ah, sin problema.

La conversación cambia por completo, pues Nerea le pide a mi hermana que las maquillen.

—¿A cuántas copas me vas a invitar?

Nerea hace que se lo piensa y dice: Dos.

Laura asiente conforme y le dice que vengan a casa al menos una hora antes de que la quedada.

—Solo una hora —exclaman las dos.

—Por supuesto, soy una profesional. ¿A qué sí, hermana? —pregunta Laura.

—Por supuesto. —Les aseguro sin dudar.

Nacho acaricia mi muslo y después toma mi mano. Mas tarde las chicas se tumban a tomar el sol y Nacho y yo nos acomodamos en la sombra. Él me abraza mientras me da algunos besos, haciendo que mi temperatura corporal aumente.

—¿Tienes calor, preciosa? Estás un poco roja.

Le sonrío, antes de levantarme y con la cabeza le invito a que me acompañe a la piscina.

Nos lanzamos y comenzamos a nadar, cuando llego al borde, me doy cuenta de que se trata de la esquina con más privacidad. Nacho, por supuesto, no tarda en rodearme, antes de besarme como si no hubiera un mañana. Yo rodeo con mis brazos sus hombros y posiciono mis piernas en su cintura. Nacho se apoya con una mano para no hundirse, mientras que la otra se sitúa en mi hermoso trasero.

«Dios, qué calor tengo». Exclamo en mi mente mientras Nacho me acaricia como puede. Los besos se han trasladado de la boca a mi cuello y parte del escote, sin darme cuenta.

Nos separamos porque notamos como alguien se acerca y nos ponemos a nadar de nuevo. Hago varios largos, antes de asegurarme de que tengo todo en su sitio y salgo.

Tan perdida he estado nadando que no he percatado quién se hallaba mirándome con un cabreo de mil demonios.

Nacho, al ver a quién miro, se dirige hacia él con decisión. No obstante, antes de que llegue, me contempla con gesto triste antes de marcharse.



## Capítulo 16

Camino hacia las toallas y me siento antes de ojear el móvil. Nacho no tarda en acompañarme y posiciona su mano en mi espalda.

Levanto la mirada y sus ojos me transmiten seguridad.

—Conmigo no dejaré que nadie que te haya hecho daño se te acerque.

Sonrío, pero no es una sonrisa sincera, pues dudo mucho que eso pueda suceder. Demasiadas personas me han dañado a lo largo de estos años y dudo mucho que él pueda protegerme de todas ellas.

Las horas siguientes nos divertimos, pero no es como antes, por eso, a las cinco, comenzamos a recoger todo y nos vamos a los vestuarios.

—Sofía, ¿estás bien? —pregunta mi hermana en la ducha.

—Sí, es que no sé por qué aparecen ahora. Antes esos imbéciles, luego Alejandro —bufa porque me exaspera.

Mi hermana me abraza y nos separamos segundos más tarde, para terminar de ducharnos. Nada más salir, me pongo la braguita antes de quitarme la toalla.

Me encuentro poniéndome el sujetador, cuando escucho la voz de dos mujeres que para nada deseo ver.

—Pues como te lo digo, Arancha —dice una de ellas.

—Madre mía, pero ¿tanto peso ha perdido? —cuestiona y se quedan calladas.

No hay que ser muy inteligente para saber que han entrado y me han visto, sin embargo, hago como si nada. La suerte está de mi lado, al ver aparecer por el lado contrario a Iris y Nerea.

—Sofí, pues al final sí que te has puesto colorada.

—Ya. Hoy está pegando de lo lindo —indico como si nada.

—Dame la crema que te echo. —Se ofrece Nerea.

Se la tiendo y comienza a extenderla. No voy a negar que pensé que ellas se habían marchado, pues no hablaban nada.

—Listo —manifiesta poco después.

—Gracias, Nere.

Se lo agradezco, no obstante, la voz repipi de Patricia hace que la mire.

—Pero mira a quien tenemos aquí. —Saluda con superioridad.

La ignoro y me giro para ponerme el vestido, no obstante, me lo quitan de las manos.

—Oye, Sofía, todavía no te han enseñado educación. Hay que saludar.

—¿Y si no quiero? ¡Dame mi vestido! —exijo y en ese momento aparece mi hermana, no obstante, Iris le dice algo en el oído, y ella se pone a vestirse como si nada.

—¿Cómo que si no quieres? ¡Pero quién te crees que eres! —exclama ofendida.

—Disculpa —interviene Iris controlándose—, ¿puedes hacer el favor de devolver a mi amiga su vestido?

—Mira bonita, no te metas donde no te han llamado —responde de forma chulesca Arancha.

—Sofía, me debo en la obligación de enseñarte modales. ¿Sabes cómo se piden las cosas, al menos? —prosigue Patricia.

—Sí, por supuesto, ¿puedes devolverme mi vestido, Patricia? —cuestiono con una sonrisa.

—¡Ves como si sabes! Solo hay que practicarlo —resuelve con una sonrisa sarcástica.

Tiendo la mano para que me lo regrese, sin embargo, ella hace algo que para nada me lo esperaba.

—Claro, *sofá*. —Ella utiliza el apelativo que utilizaban conmigo en el instituto. Era su forma de denigrarme, y por supuesto, siempre era motivo para bufarse de mí. Acto seguido, para la consternación de todas, tira del vestido, desgarrándolo, antes de tirarlo al suelo—. Aquí tienes, cógelo.

Percibo como Laura está a punto de atacarla, y antes de siquiera plantearme en agacharme, Iris se adelanta y pillando desprevenida a Patricia, inmoviliza su brazo izquierdo, logrando que quede inclinada. Nerea, por su parte, hace lo mismo con Arancha. Noto la presencia de mi hermana a mi lado, mientras escuchamos a Iris.

—Ahora mismo lo vas a coger, se lo vas a dar a mi amiga ese trapo y le vas a dar el dinero de lo que ha costado más una compensación.

Patricia extiende la mano, pero no alcanza, por lo que Iris ejerce más presión.

—Mientras lo coges te aviso qué de ahora en adelante, las dos os referiréis a ella con educación o yo misma buscaré y difundiré todos vuestros trapos sucios para que todo el mundo se dé cuenta de la gentuza que sois.

Arancha pone una cara de miedo total, mientras que Patricia, la mira con odio. Levanta el vestido y me lo da.

Iris suelta el brazo de ella, aunque previsora, evita el puñetazo que Patricia le ha lanzado. Le agarra del pelo, mientras que Laura le agarra las manos.

—¿Cómo te atreves a intentar pegarme? ¿Pero quién te crees que eres?

—Te vas a arrepentir de lo que estás haciendo. Te voy a denunciar.

—No, bonita. Deja de lanzar amenazas que no van a llegar a ninguna parte.

La seguridad de Iris deja anonadada a Patricia, que, por fin, comienza a darse cuenta de su cagada.

—Te voy a soltar y le vas a dar al menos cien euros a mi hermana por el vestido que le has roto, ¿estamos? —Le indica mi hermana.

—Sí —murmura en voz baja.

Laura la suelta e Iris se queda a su lado, mientras saca la cartera. No nos sorprende ver varios billetes en su cartera. Extrae dos billetes de cincuenta y me los da con rabia, antes de coger su bolso e irse con su amiga pisándole los talones.

Con todo en calma, miro el vestido y es imposible que me lo pueda poner.

—Gracias, chicas —manifiesto triste—. Pero que me pongo, no tengo otra cosa.

—Sofía no nos des las gracias por esto. De verdad que lamento no haber actuado antes. Esa mujer es una perra —explica Iris.

—No hace falta que nos digas. Mi hermana era su víctima favorita durante los años de instituto.

—Pero ¡cómo es posible que no hicieran nada!

—Siempre miraban para otro lado —aclaro sentándome—. Podéis salir alguien y decirle a Nacho que se vaya.

—No. Voy a salir para decirle que ha ocurrido algo en los vestuarios y que vas a tardar un poco. ¿Está claro? —cuestiona mi hermana.

Asiento porque sé que no lograré nada negando.

Al marcharse Laura, Iris me pide que me levante.

—Creo que tengo una solución, para que te lo pongas, al menos hasta casa.

Iris pide ayuda a Nerea, la cual, sujeta uno de los tirantes sobre mi hombro derecho. Iris envuelve el vestido en mi cuerpo hasta que hace un nudo con el tirante.

Se lo agradezco y en ese momento aparece Laura echando pestes.

—¡Qué gente más *snob*!

—¿Qué sucede?

—Patricia y Arancha, están quejándose de que han sido atacadas en el vestuario.

—¡Qué dices! —exclamo asustada—. Chicas, lo siento, yo no quería causaros problemas.

—Pero ¿cómo nos dices eso? —interroga Iris cabreada—, tú no has hecho nada, al contrario. No te preocupes que ahora mismo arreglo esto.

Salimos de los vestuarios y no tardamos en ver a Nacho y al encargado, con un par de seguridad.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido?

—Mira Fernando, estas chicas, han roto el vestido de mi amiga y le han denigrado insultándole y faltándole el respeto, yo solo la he defendido.

—¿Estás segura, Iris?

—Dígame. ¿Tienen alguna marca?

—No.

—Pues yo sí tengo pruebas. —declara—. Mi amiga puede verlo, —mueve su brazo en mi dirección—, he tenido que sujetárselo para que no salga en ropa interior. ¿Quiere más pruebas?

El hombre se acerca y comprueba que es verdad.

—No, lo estoy viendo.

—Gracias. Y si quiere más testigos, Nerea y Laura lo han presenciado.

—No es necesario. Sabemos cómo son.

—Pues yo haría algo al respecto. No se puede faltar el respeto a la gente y quedar impune.

Además de romper la ropa. ¿Acaso no son gente civilizada? —manifiesta Iris devolviendo las palabras que ella me dijo.

Patricia y Arancha, nos miran furiosas, entretanto. Nacho se posiciona a mi lado, y pasa su brazo por mi cintura.

Caminamos hasta la salida y nos dirigimos hacia el coche de Laura.

—Te paso a buscar a las ocho. ¿Te parece? —propone Nacho.

—Perfecto. Hasta luego —me despido de él con un corto beso en la boca, antes de introducirme en el coche.

Por el espejo retrovisor veo a Nacho marcharse y Laura mete la llave en el contacto antes de mirarme.

—Sofí —susurra conocedora de lo que me ocurre.

—Vamos a casa —suelto reteniendo las lágrimas y ella por suerte lo hace sin decir nada más.



## Capítulo 17

Nada más cruzo el umbral, veo a mi madre salir del salón muy preocupada. Su cara me indica que sabe lo sucedido.

—Ven, hija. —Su voz es suficiente para derrumbarme y corro a refugiarme en sus brazos.

Saco todo lo que tengo en el interior, y cuando por fin me encuentro serena, miro a mi madre.

—Mamá, yo pensé que todo esto había quedado atrás, pero ha sido muy cruel.

—Ya lo sé, hija. Son personas sin compasión, no tienen amor, y dudo mucho que tengan valores como los que nosotros os inculcamos a las dos.

—Sofí, yo te quiero dar un consejo. Yo sé que ahora has revivido todo y te sientes muy mal, pero si te quedas en casa, ellos ganan, ahora ya has llorado, bien, ahora toca sacudirse el polvo y levantarse con la cabeza en alto.

—No tengo ganas, la verdad.

—Yo tampoco las tengo, pero no les voy a dar el gusto, y tú tampoco deberías dárselo. Si quieres salir, yo puedo maquillarte y que no se note que has llorado, aunque deberías salir con tu novio y divertirme.

—Tu hermana tiene razón, de hecho, te prohíbo que hoy te quedes en casa. Vas a salir.

Se levanta mi madre y tira de mi mano para que me levante.

—Vamos, hija —solicita con esperanza.

Reflexiono en lo que me han dicho mi madre y mi hermana. Las dos tienen razón y aunque

quiera meter la cabeza debajo del edredón, no les voy a dar el placer.

Asiento y me levanto, antes de subir al piso de arriba. Entre mi madre y mi hermana comienzan a mirar en mi armario, dispuestas a ponerme el modelo estelar.

—Este es perfecto —propone mi hermana.

—No, es demasiado corto, si la lleva a bailar salsa se le verá todo.

Me tapo la cara al escuchar a mi madre hablar así.

—¿Acaso es mentira lo que he dicho, hija?

No puedo aguantarlo más y comienzo a reírme.

—Eso está mejor —asiente conforme.

Laura propone una falda vaquera con abertura por detrás y una blusa de tirantes beis.

—¿Y por la noche?

Mi hermana saca la chaqueta torera vaquera y mi madre asiente conforme.

—Ven aquí, —mi madre me desata el nudo y salgo del vestido una vez he dejado de dar vueltas.

—Qué pena de vestido. Bueno, te compraré otro, este era nuevo, ¿no?

Asentimos y ella forma una línea con los labios.

Sin perder más tiempo me visto y al verme con ello, mi madre niega.

—Estás muy bien, pero...

—Tienes razón para tomar algo, sí. Pero para salir a bailar, no —concluye mi hermana.

Me voy quitando la ropa, mientras buscan un vestido.

—¡Este! —exclaman al unísono las dos.

Las miro con recelo, pero al ver qué vestido es, asiento conforme.

Es rosa pálido y largo hasta la rodilla. El escote es de forma cuadrada y el tirante es ancho. A juego lleva una torera de manga tres cuartos, lo cual es perfecto.

Me lo pongo y al terminar, me ayuda mi madre a subir la cremallera que está en el lateral, disimulada con la costura.

—Estás perfecta. Me encanta —aprueba mi madre y mi hermana asiente.

Una vez tenemos los complementos, nos trasladamos a la habitación de mi hermana y comienza la magia.

Media hora después, justo cuando llaman al timbre, mi hermana termina de pintarme los labios.

—Si es que soy la mejor —bromea, aunque no es ninguna mentira.

—Pues claro que lo eres.

—Las dos lo somos, hermana. Somos unas campeonas que no se rinden, que nos caemos, pero nos levantamos y así llegaremos lejos, no como ellas.

El discurso de mi hermana hace que recupere el ánimo y al escuchar la música de mi móvil, lo cojo con una sonrisa.

—¿Está mi novia ya lista para ir a pasarlo genial?

—Sí.

—Perfecto, pues estoy aquí afuera.

Mi madre me hace una señal y le doy el móvil.

—Oye, jovencito, ¿por qué no entras en casa? —cuestiona mi madre con una sonrisa, sin embargo, el tono es de mamá osa—. Pues no pienses cosas raras y entra en casa.

Mi madre cuelga, antes de mover la cabeza para que la siga.

Me despido de mis amigas y salgo al descansillo para bajar las escaleras. En el piso inferior, mi madre ya está con Nacho cuchicheando.

—Ya sabes, muchacho.

—Por supuesto.

Se gira hacia mí y veo como la nuez de su garganta se mueve al tragar. Sus ojos me miran con atención antes de extender la mano en mi dirección. Se la cojo y antes de salir le doy un beso en la mejilla a mi madre.

—Pasarlo muy chicos —escucho a mi espalda antes de que cierre la puerta.

Caminamos hasta el coche y me abre la puerta para que entre, no obstante, antes de que me acceda nos besamos con brevedad en los labios.

Rodea el coche y se sienta en su asiento, antes de introducir la llave en el contacto.

Salimos de la casa y al coger la carretera sé que vamos a Madrid de nuevo.

—¿Dónde vamos?

—Primero a cenar, y después a bailar. ¿Qué te parece?

—Muy bien —indico con una sonrisa y él acaricia mi rodilla desnuda.

Nacho aparca el coche en las cercanías de la estación de Príncipe Pío y caminamos hasta los locales que hay en la zona de restauración.

Elegimos uno al azar y nos sentamos antes de que nos entreguen la carta.

Poco después ordenamos la comida y las bebidas al camarero.

—Es un sitio muy agradable. ¿Has estado alguna vez aquí? —pregunto acercándome.

—No. Me lo dijo mi hermano, él sí ha estado.

—¡Ah!

Nacho se aproxima, toca mi mano, antes de acercarse y deposita un beso en mi mejilla.

En mis ojos se nota la confusión, puesto que me dice.

—Estás preciosa, nena. Te he besado en la mejilla, porque lo mismo hacemos un espectáculo.

Me pongo colorada y bajo la mirada.

—¿Qué te sucede? Habla conmigo, cuéntame.

Suelto el aire, vaciando mis pulmones, y me preparo para sacar los recuerdos que todavía me atormentan.

—En el instituto, me hicieron de todo. Tuve que aguantar muchas humillaciones, pero lo peor fue cuando descubrí que María, mi mejor amiga, la hermana de Alejandro, era quien les daba el material que luego editaban y subían a las redes y grupos. —Nacho abre los ojos asombrado y pregunta.

—¿Por qué te hizo eso? Es decir, si una persona te cae mal, no eres su mejor amiga.

—Ella me dijo con rabia que yo tenía una familia feliz. Laura averiguó un tiempo después que su familia era una farsa, que el amor hacía mucho tiempo que había desaparecido de su hogar.

—Comprendo, ella veía que tú eras feliz y por eso hizo todo aquello: para que te sintieras mal, pero la razón que la movía no justifica que abusara de ti.

Levanto los hombros y prosigo.

—La cuestión es que esas dos chicas que me humillaron y rompieron el vestido eran amigas de ella y, por supuesto, se creen que siempre pueden pisotear a la gente y salir airoas.—Bueno, yo creo que ahora ya se han dado cuenta de que no podrán hacer lo que les dé la gana. Además, no sé si se han dado cuenta de que ya no son un par de adolescentes y que pueden pagar las consecuencias de sus actos.

—Ella es la hija de un empresario del IBEX-35 y además es hija única.

—¿Y?, no creo que sus actos queden impunes. Si a eso le sumamos que ya no es una adolescente, sino una adulta, todo cambia mucho más, ¿no crees?

—Sí.



## Capítulo 18

Cuando nos traen la cena, disfrutamos de ella, pero también continúo contándole muchas más cosas que me pasaron.

Para cuando terminamos de cenar, le sorprendo al decirle que pago, y él acepta, con la condición de que las copas las paga él.

Salimos del centro comercial, y nos dirigimos a la discoteca, la cual está al lado. No obstante, ninguno de los dos resiste más la tentación y antes de llegar resguardados por una zona poco iluminada, nos besamos con pasión.

La mano de Nacho se sitúa en mi cintura y prieta varias veces hasta que se dirige a mi trasero y lo sujeta con fuerza.

Gimo, sobre todo al notar como se pega a mí, dejando claro su excitación. Abandona mi boca, para dirigirse a mi cuello, y continúa su camino hasta mi oreja.

Mis manos se abren camino hasta su culo y sin una pizca de vergüenza, lo aprieto. Ese es el momento para que gima Nacho, que, con una voz agitada y ronca, susurra cerca de mi oído.

—Sofía, quiero seguir, lo deseo, pero más quiero verte, bailar —sonrío, pues él sabe de mis aficiones.

Nos separamos un poco y nos recomponemos, Nacho, más que yo, pues debe colocar su paquete para que se note lo menos posible.

Se me escapa una risita y él me mira de medio lado.

—Te ríes, ¿eh! —bromea mirándome de esa forma tan sexy

Sin poder evitarlo, me muerdo el labio inferior y la mirada que Nacho me dedica hace que mi centro palpita.

—Lo siento —musito mirándole.

—Jamás te arrepientes de actuar como eres —expone acercándose—. Y menos conmigo, —asiento y él dice—, ¿me lo prometes?

—Por supuesto. Sí.

Asiente satisfecho y comenzamos a andar tras unir nuestras manos.

Saludamos en la entrada y accedemos, antes de ir a la barra y pedir nuestras bebidas.

Tras cogerlas, buscamos una mesa, desde donde podamos dejar las bebidas, pero también bailar. La música de Luis Fonsi y su tema Bésame comienza a sonar y tras dar un trago a mi bebida, Nacho me invita a seguirle el ritmo.

Muevo los pies y las caderas sintiendo cómo la música me invade, y tan solo diez segundos más tarde estoy provocando a Nacho como no lo he hecho antes. Cada rato, damos sorbos a la bebida, para apaciguar el calor que sentimos.

Las manos de él se mueven al son de la canción, puesto que las tiene muchas veces en mi cintura. Poco a poco el ambiente es tan caliente, que, tras terminar la bebida, acabo sentada en un taburete, con Nacho entre mis piernas, besándonos, con un frenesí que apenas puedo contener.

Sus labios se mueven con maestría por encima de los míos, no obstante, yo no me quedo atrás y le sigo el ritmo. Nuestras bocas se separan, pero sus besos continúan hasta acabar en mi cuello, en esa parte que envía calambres a esa zona íntima y que hace que jadee como una condenada.

—No sabes lo que me excita ese sonido —susurra en mi oído con esa voz tan ronca por la lujuria, antes de apartarse.

Saco mi móvil para hacernos una foto, y le hago una señal a Nacho para que se acerque. Diversas instantáneas nos sacamos antes de que me pregunte.

—¿Quieres otra igual? —señala el vaso vacío.

—No, con un refresco de naranja está bien.

—¿Seguro? Yo valgo porque tengo que conducir, pero tú puedes.

—No, de verdad, no es por eso, yo solo me tomo una cuando salgo.

Nacho me mira incrédulo, pero no dice nada al respecto, antes de irse. No obstante, al volver y dar un trago a la bebida me pregunta.

—¿Entonces siempre haces eso cuando sales? —asiento y él me mira asombrado.

Un rato más tarde, nos ponemos a bailar, y nos divertimos tanto que el tiempo transcurre sin que nos demos cuenta. Estamos terminando nuestro tercer refresco, cuando miro el móvil, sorprendiéndome al ver la hora que es, son casi las cinco de la madrugada.

Nacho me abraza y besa mi cuello, produciendo descargas por mi cuerpo.

Inclino la cabeza para darle más acceso y sus manos se sitúan en cintura apretándome. El calor que siento no tiene nada que ver con la temperatura del local.

La temperatura de ambos hace que no lo piense demasiado cuando le digo que nos vayamos. Nos terminamos lo poco que queda de la bebida y nos marchamos cogidos de la mano.

Ya en la calle, caminamos hasta el coche con los brazos enredados en nuestra cintura, y nos damos algunos besos que casi hacen que acabemos de bruces en el suelo.

Nacho abre el coche con el mando a distancia, y abre la puerta del copiloto para que entre, sin embargo, antes de que entre, me besa con tanta pasión que quedo atrapada entre el coche y él.

Una parte de mí desea entrar con él en la parte de atrás, hacer lo que las chicas harían, aunque al final el que da un paso atrás es Nacho.

Una vez adentro, rodea el coche tras haber cerrado la puerta y entra antes de sentarse en su asiento y arrancar. La noche no está tan fría como imaginamos en un inicio, y abro un poco la ventana.

—¿Tienes calor, cariño? —pregunta al ver lo que hago.

—Bastante —respondo sin amilanarme.

Suelta una carcajada y sitúa su mano en mi muslo.

—Eres malo —menciono mirándolo en la oscuridad de la noche.

Se ríe, pero no la quita.

Llegamos a casa, pero al quitarme el cinturón, me pongo de lado mirándole.

Nacho se percata de lo que hago y me imita.

—Me lo he pasado realmente bien —manifiesto mirando esa boca que tanto me gusta.

—No eres la única —susurra acercándose—, tu boca me atrae como el canto de una sirena.

—No eres el único —indico antes de encontrarnos a medio camino y besarnos. Una mano mía se sitúa en su pecho, mientras que la suya se apoya en mi pierna desnuda, y acaricia la zona.

No puedo evitar los gemidos que salen de mi boca, y los cuales, se bebe Nacho sin ningún pudor.

—Dios, Sofía, te vas a tener que salir, o no voy a poder controlarme mucho más.

—¿Hoy también quieres ser un caballero? —artículo con la voz agitada.

—Por supuesto. Quiero conocerte, que me conozcas, y cuando ocurra, deseo que no haya ninguna duda entre los dos.



## Capítulo 19

Me quedo boquiabierta, no esperaba esta respuesta para nada. Nacho se baja y yo lo hago antes de que me abra la puerta. Con las manos entrelazadas, me acompaña hasta la entrada tal y como ocurrió el día anterior.

—¿Mañana nos vemos?

—¿Por la tarde un rato? —propongo—, tengo que terminar la maleta.

—Vale.

—Perfecto. —Nacho tira de mi mano y termino enredada entre sus brazos.

—¿Dónde está mi beso? —apunta antes de que le bese.

Una vez nos desenredamos, saco las llaves de casa y tras decir adiós, entro cerrando detrás de mí. Por el lateral, veo como Nacho se monta en su coche y se marcha.

Con toda la casa en silencio, ando a la cocina, para tomar un vaso de agua, antes de subir.

Mientras lo relleno, me quito los zapatos y suspiro por el contraste con el suelo frío. Camino hasta la salida y subo las escaleras, antes de entrar en mi dormitorio.

Una vez cambiada con un camisón, voy al baño para desmaquillarme y con mis tareas concluidas me dispongo a dormir.

Horas más tarde el sonido de mi móvil me despierta. Con medio ojo abierto, veo que se trata de Iris.

—Dime. —Formulo en forma de saludo.

—¿Aun dormida? —cuestiona con recochineo, a lo lejos escucho risas y hasta chapoteos, imagino que está en la piscina—. Ahora no me digas que Nacho está a tu lado, por favor.

—¿Cómo va a estar a mi lado? Qué cosas tienes. ¿Qué hora es? —cuestiono incorporándome.

—Pues casi la una. Te iba a decir si vienes y nos despedimos, pero imagino que tendré que ir hasta tu casa.

—Eso creo. Lo siento

—No pasa nada. Te aviso cuando nos vayamos de aquí.

—Perfecto, mal pensada —menciono antes de colgar.

Como ya estoy espabilada, me levanto y voy al baño, antes de cambiarme para bajar. Tomaré un vaso de zumo e iré a correr, antes de comer algo ligero.

Con el plan en mente, llego a la cocina y vierto un poco de zumo de naranja en un vaso grande para bebérmelo, antes de colocar los cascos inalámbricos y el móvil en su lugar.

Con las llaves en un bolsillo interior aseguradas, comienzo a trotar por las calles de la urbanización. Llevo un rato corriendo, cuando noto que un coche va detrás de mí con poca velocidad, al girarme, veo que se trata de Alejandro.

Cabreada, me detengo, y él frena el coche antes de salir del vehículo.

—¿Por qué me sigues?

—No lo he hecho a propósito, te he visto y he pensado en esperar por si podemos hablar.

Frunzo el ceño, y él prosigue.

—Sofía, yo sé que no tengo derecho a pedirte nada, —una vez dice eso mis cejas se alzan por el asombro que siento—, pero me gustaría que pudiéramos ser amigos.

—¿Amigos? —clamo cabreándome—. ¿Cómo se te ocurre pensar que yo, después de todo lo vivido contigo y tu familia, deseo que seas mi amigo?

—Puede que sea una mala idea.

—No es una mala idea, ¡es una jodida broma de mal gusto! —Alejandro me observa con atención, pero yo continúo—. Tanta inteligencia que se supone que tienes, y no eres capaz de ver que tú y yo no podemos tener ninguna relación, bueno ni siquiera te puedo calificar como un conocido.

—¿Y eso por qué no?

—Muy sencillo, porque nosotros tenemos un pasado. Uno en el que me hiciste mucho daño. ¡Jugaste con mis sentimientos!, ¡me engañaste para que tu hermana volviera a humillarme en el instituto! —grito, frustrada—. ¿Cómo se te ocurre que puedo querer cerca a alguien que solo se ha mantenido a mi lado por un juego? Tú nunca quisiste ser mi amigo, nunca sentiste lo que yo sentí por ti, nunca me valoraste, ni mucho menos intentaste protegerme.

—¡Eso es mentira! —me interrumpe furioso, mientras se acerca—. ¿Quién te piensas que hizo que todo parara? ¿Quién te crees que se sintió como una basura cuando descubrió que le utilizaron? ¡Yo, Sofía!, ese no es otro que yo —susurra a media voz—. Y cuando me escuches, el día que decidas sentarte para oír lo que pasó y como ocurrió, comprenderás todo. Hasta entonces te pido que no sigas juzgándome, porque estás muy lejos de saber lo que de verdad ocurrió.

Alejandro me mira una última vez con los ojos brillantes, los cuales desprenden rabia y frustración, pero también pena, antes de introducirse en su coche y marcharse quemando rueda.

Me siento confusa, no sé muy bien que acaba de ocurrir, o lo que ha querido decirme.

«¿Debo escucharlo?». Pienso entretanto vuelvo a casa caminando.

Al llegar, aún pienso en ello, algo no me cuadra en su discurso, pero tampoco quiero que vuelvan a lastimarme.

Vistiéndome tomo una decisión, ahora tengo que descansar y disfrutar de mis vacaciones con mi hermana, cuando vuelva, hablaré con él y tal vez, escucharé su versión.

Bajo a la cocina con la decisión tomada y miro lo que hay, solo para darme cuenta de que poco hay para elegir. Cojo el móvil y llamo a mi hermana, no la he visto en todo el día y la verdad no sé si ha arrasado con todo lo que había en la nevera o qué.

—Hola, hermana... ¿Te acordaste de mí?

—Pues si... ¿Arrasaste con la nevera?

—Algo así...

—Vale, ahora todo encaja. Pasadlo bien.

—Graciaaasss...

Cuelga la llamada y yo muevo la cabeza mientras niego, mi hermana no cambiará nunca.

Se me ocurre hacerme un bocadillo con lo que hay, y me pongo manos a la obra. Quince minutos más tarde me siento en el jardín, bajo la pérgola, cobijada del sol abrasador, con la compañía de la música del reproductor.

Me quedo dormida, casi sin pretenderlo, y despierto por el sonido incesante de mi móvil.

—Dime, Iris.

—Pues va a ser que sí estabas dormida... ¿Nos abres la puerta?

—Sí —manifiesto mientras camino.

Al abrir veo que están Iris, Nerea, Sergio, Nacho. Con una sonrisa les dejo pasar y Nacho al ser el último me besa con energía, antes de agarrarme de la cintura.

Pasamos un rato agradable en el jardín y en torno a las siete aparece mi hermana, la cual se une a la fiesta durante un rato, pero luego mis amigos se marchan y Nacho también.

Los acompaño a la puerta, donde me desean que me lo pase genial, y que haga muchas fotos. Nacho se queda el último a propósito y cuando mi hermana desaparece, me empotra contra la puerta y nos comemos la boca.

—Te voy a extrañar —susurra conteniéndose.

—Yo también. Venga que una semana pasa enseguida.

—¿Tú crees?

—Sí. —Nos damos algunos arrumacos más, antes de que se vaya.

Al día siguiente nos espera un día movido y tenemos que estar descansadas.

Con las maletas terminadas y con todo controlado, pedimos dos pizzas para cenar, pues mi madre en ese momento aparece con la cara cansada.

—¿Mucho trabajo, mamá?

—Ya te lo digo.

Hablamos algunas cosas, entretanto degustamos la cena y nos despedimos antes de acostarnos.



## Capítulo 20

El viaje a Ibiza es como esperaba y nada más dejamos las maletas en la habitación doble que tenemos, nos quitamos la ropa para ponernos los bikinis e ir a la playa.

Laura se encuentra emocionada, pues, es la primera vez que salimos las dos de vacaciones solas. Nos costó un montón, pero al final lo conseguimos.

Con el atuendo correcto y una gran sonrisa, salimos del hotel y nos encaminamos hacia la playa, la cual no está tan lejos.

Nos hacemos con dos tumbonas con parasol que están disponibles previo pago y nos marchamos al agua de cabeza.

El líquido, casi transparente, nos recubre hasta la cintura y nos ponemos a jugar como si fuéramos dos chiquitas, hasta que nos ponemos a nadar.

Salgo del agua cuando ya estoy cansada y dirijo hacia las tumbonas nuestras, cuando escucho mi móvil y corro para cogerlo.

—Hola.

—Buenas tardes, mi nombre es Ignacio, le llamo desde Kalandra, no sé si conoce la empresa.

—Cualquiera que le interese la fotografía o que esté licenciada la conoce.

El chico se ríe y contesta.

—Pero no todas reciben la llamada.

—Eso es verdad. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Directa al grano, maravillosa noticia. Queremos que trabaje con nosotros.

—¿De manera exclusiva?

—Puede serlo, también oficial.

—Se lo digo porque voy a abrir mi propio estudio de fotografía, no es por otro motivo.

—Le felicito, en ese caso no habría problema. ¿Podemos acordar una reunión para conocerla en persona?

—Por supuesto.

—Bien, puede atenderla uno de nuestros directores, el martes que viene a las once de la mañana.

—Genial. Ahí estaré. Gracias, Ignacio.

—A ti, Sofía.

Tras esa llamada tan inesperada, espero hasta que llegue mi hermana para contarle todo.

—¡Yo lo sabía, mi hermana será una fotógrafa mundialmente conocida! —exclama mi hermana feliz.

Por supuesto, pactamos que debemos disfrutar al máximo de estas vacaciones para cuando volvamos tengamos las pilas recargadas y un bonito bronceado ibicenco, en nuestra piel.

Tomamos un poco el sol hasta que nos marchamos para ducharnos, cambiarnos la ropa e ir a pasear por la isla. En la habitación nos turnamos para ducharnos y después nos vestimos. Por supuesto, Laura, una vez estoy vestida, me maquilla antes de que abandonemos la habitación.

Una vez fuera del hotel, comenzamos a andar mientras miramos alrededor mientras hablamos de todo lo que vemos. Sacamos los móviles para hacernos fotos, entonces es cuando recibo la llamada de Nacho.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal por Ibiza?

—Muy bien, hemos estado en la playa y ahora estamos paseando. Hay muchas casetas.

—Mira tú que bien.

—Sí, ¿y tú qué tal?

—Bien, aburriéndome ahora que no tengo a mi novia para sacarla de paseo.

—Mira que eres exagerado, estoy segura de que encontrarás algo que te entretenga esta semana —explico restando importancia.

—¿Tú crees que hay algo que supere sacar a mi novia de paseo? —sonrío y cuando voy a continuar él prosigue—, ¿o algo puede gustarme más que besar tus labios?

—No —sentencio con seguridad.

—Ah, vale. Ya me había yo preocupado —menciona calmado—. Bueno, te dejo, haz muchas fotos y comparte alguna conmigo.

—¿Cómo las quieres? —inquiero traviesa.

—Oh... Bueno, pues como tú quieras.

Me río y él me acompaña, antes de despedirnos y colgar.

Laura me observa curiosa, y yo opto por alzar la cámara e immortalizar su cara y nuestro entorno.

Caminamos por un largo tiempo, hasta que es la hora de cenar, por eso, buscamos un lugar para cenar y de paso llamar a nuestra madre.

—¡Hola! —gritamos al mismo tiempo al ver su cara en la pantalla.

—¡Qué tal, chicas! Contadme todo.

Nos turnamos y le explicamos todo lo que hemos visto y donde hemos estado, y dejamos para el final la noticia de la llamada.

—¡Pero porque lo dejas para el final! —nos regaña, antes de mirarme—. Enhorabuena, hija.

Te lo mereces.

—Gracias. ¿Y tú, qué tal, mamá?

Nuestra madre nos cuenta su día en el centro de belleza de la que es propietaria y poco después cortamos, pues, la cena ya la tenemos en la mesa.

Hoy hemos pedido pescado y una ensalada, aunque los próximos días intuyo que mi hermana hará que nos saltemos la dieta.

Tras engullir todo, solicitamos la cuenta y al traerla, nos ofrecen cortesía de la casa un chupito. Tiempo le falto a mi hermana para decir.

—Traiga dos con alcohol.

Nos depositan los vasitos en la mesa, y tras alzarlos antes de chocarlos, nos lo bebemos. Después abono el importe y les agradecemos el trato.

Con el licor calentando nuestras venas, nos hacemos camino hasta un local. Pedimos unos combinados para cada una, y nos hacemos con una mesa para dejarlas.

He sido previsora y la cámara que he traído es pequeña y entra en el bolso bandolera que llevo. Laura y yo bailamos mientras vigilamos las bebidas. Un par de horas más tarde, nos marchamos, dando por finalizada el primer día en Ibiza.

Una vez en la habitación, nos desnudamos y nos ponemos los pijamas antes de desmaquillarnos y meternos en nuestras camas.

Horas después, con el sol dándonos los buenos días, nos levantamos y nos preparamos para ir a desayunar.

—Entonces, vamos a ver hoy el castillo y luego a una cala, ¿no?

—Esa es la idea...

—Y mañana es el día fuerte... —manifiesta frotándose las manos.

—Mañana hay que levantar temprano para salir.

—Sí, lo sé, pero merecerá la pena. ¡Qué ganas! —exclama feliz, aunque yo también lo estoy, pues, por lo visto, es toda una experiencia.

Con el plan claro, nos dirigimos al castillo y aunque no sea excesivo, tiene su encanto, sobre todo lo que le rodea, y hago unas fotos que espero que sean maravillosas.

Mi hermana emocionada me guía por todos lados hasta terminar en una cala, que es una pasada.

Ojeamos la zona en búsqueda de un lugar donde poner nuestras toallas y tras encontrarlo, dejamos las cosas guardadas, para irnos a refrescarnos en el agua.

Desde mi posición vigilo nuestras pertenencias, aunque también juego y nado con mi hermana. Al salir, me siento y busco en el bolso la crema solar, puesto que no quiero quemarme.

Y tras embadurnarme, me tumbo para ojear el móvil. Tengo varios mensajes de varios grupos, algunas de las chicas y dos de Nacho, por lo que decido responderles y de paso enterarme de lo que dicen.

Cuando termino de contestar a todos, hago unas fotos, antes de que venga mi hermana.



## Capítulo 21

Dicen que todo lo bueno, pronto se acaba y las vacaciones con mi hermana, aunque las hemos exprimido como si de una naranja se tratara, al final se han acabado.

Pienso en todo lo que hemos vivido las dos en aquella isla, donde he podido ser yo, sin tapujos, sin máscaras, sin contenerme por la euforia. Tal cual. Ahora viene el momento que tanto pavor me da, y el que más ilusión me hace.

—Alegra la cara, Sofí —pide mi hermana apretándome la mano.

—Estaba pensando, petarda. Te puedo decir algo que he notado estos días...

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Tengo la sensación de que Nacho ha estado más callado estos últimos días, más frío.

—No sé, Sofí, pero tampoco te empieces a comer la cabeza por este tema.

—No lo voy a hacer. Si te soy sincera, no estoy triste, ni nada por el estilo. En realidad, no sé cómo sentirme en este momento.

—¿¡En serio!?! —exclama antes de escuchar la voz del comandante por los altavoces, anunciando que estamos a punto de aterrizar, más el típico discurso que apenas se entiende a través del hilo musical.

Nada más salir de los túneles, llegamos a la zona destinada para coger el equipaje facturado, y mientras espero a que aparezcan nuestras maletas, lo veo frente a mí.

Me quedo parada, no me lo esperaba para nada. El ajeno a mi presencia, ojea el móvil,

mientras mira la cinta, supongo esperando su maleta. Miro el tablero y veo que viene de Málaga.

Me siento observada y veo que Alejandro me está mirando. Y aunque su rostro es neutro, sus ojos me transmiten algo que no llego a identificar, pues mi hermana me alerta de nuestras maletas.

—¡Sofía!, espabila. Tal vez tienes que tomar un café antes.

—¿Eh? No, nada de eso. Venga, vamos. —Tiro de ella para que no se dé cuenta de lo que me estaba distrayendo, hasta que nos marchamos de esa zona.

Suspiro nada más cruzar las puertas, pues mi hermana no se ha percatado de la presencia de él, cuando mi corazón se acelera al escuchar la voz de otra persona.

—Hola, mis niñas. ¡Cuánto os he echado de menos! —exclama nuestra madre.

—¡Pero si hemos hablado todos los días! —protesta Laura.

Nuestra madre ignora el comentario, y nos agarra a cada una de un brazo, entretanto camina al aparcamiento. Ya en él, paga el importe del *ticket* y caminamos unos metros más hasta el coche.

Estamos llegando al vehículo, cuando veo a Alejandro caminando hacia nosotras con su porte habitual. Me tenso, no puedo evitarlo, si le ven comenzará una disputa verbal que no acabará muy bien.

Mi madre abre el coche y yo les indico que yo me ocupo del equipaje. Mi hermana que está hablando con alguien por cómo teclea en la pantalla de su móvil, solo dice gracias.

Abro el portón, y subo la primera maleta, y cuando voy a coger la segunda, la mano de Alejandro se sitúa encima de la mía y susurra en mi oído.

—Qué guapa vienes de Ibiza.

Tan conmovida me quedo, que cuando me doy cuenta, él se ha marchado y aun sin saber qué ha ocurrido con claridad, subo la maleta antes de sentarme en mi asiento.

Mi madre sonríe ajena a mi perturbación y cuando abandonamos el recinto, es en el instante en que siento alivio y calma en mi cuerpo.

En el camino a casa lo hacemos en silencio, escuchando la música que suena en la emisora. Mi madre conduce hasta casa y subimos nuestras maletas antes de darle los regalos que hemos traído y un rato más tarde nos sentamos a comer y hablamos mientras le mostro todas las fotos que hemos hecho.

Aún no hemos terminado, cuando recibo un mensaje de Nacho y es cuando me acuerdo de que ni siquiera le dije que ya estaba en casa, por lo que le llamo sin perder el tiempo, mientras me levanto para tener un poco de privacidad.

—Hola... —responde al descolgar—. ¿Has llegado bien?

—Sí, perdona que no te haya avisado, no hemos parado.

—Lo imaginé, no te preocupes. ¿Quedamos mañana en la piscina?

—No puedo, tengo la entrevista.

—Ah, es verdad, lo olvidé... Entonces, ¿más tarde?

—Supongo que sí, te aviso. —Nos despedimos y no tardo en volver con las dos.

Mi hermana me mira curiosa, pues sabe que no he estado hablando mucho con Nacho, al menos no como debería hablar una novia con un novio, pero no dice nada, al menos no de momento.

Imagino que no es el momento para este tema, o tal vez sea que él no es el indicado, ni yo misma lo sé, para ser honesta.

Terminamos las imágenes y mi madre nos felicita a ambas, a la modelo y a la fotógrafa.

—Gracias, mamá —respondemos al unísono, antes de reírnos, puesto que lo hemos hecho al mismo tiempo.

—Venga, niñas iros a cambiaros que hoy nos vamos a cenar fuera. —La sorpresa hace que nos quedemos analizando unos segundos lo que acaba de decir, pues nuestra madre pocas veces propone algo así.

Mi hermana tira de mí y al llegar a mi dormitorio saca del armario uno de los vestidos que me compré en Ibiza, es de color blanco, lo cual hace resaltar el moreno conseguido por las horas que hemos tomado el sol. De largo hasta las rodillas, acaba con una puntilla, parecida a las mangas abiertas que salen de los tirantes.

Me encanta, y no tardo en sacar los dos complementos que me pondré, unos zapatos de tacón color rojo y una cartera beis, donde llevaré el móvil y poco más.

Laura hace acto de presencia para inspeccionar mi atuendo, y por supuesto, aprueba mi elección y se acerca para darme su toque. Un poco de maquillaje, una sombra de ojos clara con toque brillante, unos toques de colorete en las mejillas y el toque sexy, unos labios rojos, a juego con los zapatos. Conforme con su trabajo, asiente con una sonrisa y se marcha para terminar de arreglarse.

Camino hasta el espejo y me miro, antes de bajar al piso inferior.

—Dios mío, Sofía, estás preciosa —menciona mi madre asombrada.

—Gracias, mamá.

Laura en ese momento baja con un vestido beis, parecido al mío, pues lo compramos en la misma tienda.

—¡Pero mira nada más, tengo dos hijas que son unas bellezas!

Ambas nos sonrojamos, pero sonreímos, pues, nuestra madre se dispone a hacer un *selfi* con nosotras incluidas. La imagen es tan bonita que al enviármela la pongo como fondo de pantalla.

Un tiempo más tarde, vamos en el coche con destino a un restaurante que a mi madre le gusta mucho.

Al llegar, aparcamos y caminamos las tres juntas. Mi madre en el medio, con nosotras en sus extremos, somos el foco de atención de la gente que se halla en las cercanías.

La verdad es que antes no me gustaba que la gente me observara de ese modo, pero ahora ya me da lo mismo. Una vez en el interior del restaurante nos acompañan hasta una mesa y tomamos asiento.



## Capítulo 22

En el viaje a la oficina donde estaba Kalandra, voy haciendo mis ejercicios de cuando me encuentro nerviosa. Mi madre me ha deseado suerte antes de irme, aunque según ella no la necesito. Laura, por el contrario, me ha infundido el valor con sus palabras.

—Vamos hermana, demuéstrales de lo que eres capaz y déjales boquiabiertos.

Por mi parte, solo me he limitado a sonreírles, y les he dado un beso. No quería decir nada que estropeará el momento, o más bien que notaran mi nerviosismo por esta cita.

Anoche, las tres nos tomamos algunas licencias y entre las tres nos bebimos una botella de vino durante la cena. No es algo que ocurra varias veces, de hecho, creo que la última vez que ocurrió fue en la celebración de la mayoría de edad de Laura, y ya ha pasado tiempo de ello.

Llego a la cita con el tiempo suficiente para encontrar aparcamiento y camino hasta la oficina con paso seguro. En la entrada, les explico quién soy y a lo que vengo, y tras comprobarlo me dan un pase y me piden que suba en el ascensor hasta la tercera planta.

Hago lo que me dicen y al llegar al vestíbulo de dicha planta, alucino por cómo se ve todo.

A la izquierda hay un estudio de fotografía que es el sueño de todos mis compañeros y el mío también, dicho sea de paso.

A la derecha hay una mesa, pero se encuentra vacía, y detrás una puerta entreabierta, que parece un despacho. Se escuchan murmullos, por lo que imagino que me espero hasta que acaben.

Me encuentro observando todo lo que hay alrededor cuando un carraspeo hace que mire hacia ahí.

—Buenos días, en que puedo ayudarla —pregunta una chica con cara de vinagre.

—Hola, soy Sofía Grande, tengo una entrevista de trabajo.

La chica me observa con detenimiento hasta que el teléfono comienza a sonar. Lo coge con mucha rapidez y tras cambiarle el semblante, mueve la cabeza comprendiendo y cuelga.

—Lo lamento señorita Grande, —se disculpa, aunque no creo que haya salido de ella, sino de la llamada—, le acompaño al despacho. Sígame.

Pese a que no se ha presentado, y me ha tratado de una forma inapropiada, sonrío y le sigo sin decir nada al respecto.

Al final del pasillo se encuentra una única puerta y pone director general en la placa. La empleada abre la puerta y se hace a un lado indicándome que pase. Accedo y me quedo sin palabras por la persona que tengo frente a mí.

Cuando me recupero de la impresión, Alejandro comienza a hablar.

—Pasa Sofía, y si quieres toma asiento. —Invita sentándose detrás del escritorio.

Camino titubeante y me siento, Alejandro tiende la mano hacia mí, y espera con una sonrisa. Le acerco la carpeta y él la coge rozando mi mano a propósito.

Siento cosquilleos en la zona que me ha tocado e inconscientemente me paso las yemas de los dedos por esa zona, aunque me regaño a mí misma por hacerlo.

Miro a Alejandro el cual luce una sonrisa mientras lee mi portafolio, también está mi título de diplomada como fotógrafa por la Universidad Europea de Madrid.

Mientras él continúa leyendo, yo decido mirar el despacho. Está decorado de una forma sencilla, no es ostentoso, tampoco está decorado de una forma personal, más bien creo que es un despacho unisex.

Salgo de mis reflexiones en el instante en que noto la mirada sobre mí.

—¿Te gusta el despacho?

—Sí, es moderno y sencillo.

—Gracias. Bueno, ahora vamos a hablar de la propuesta que quiero hacerte.

—Claro, te escucho.

—Verás, quiero que trabajes para nosotros y formes parte del grupo de fotógrafos oficiales que tenemos. La agencia en este momento está en expansión y necesitamos personal para cubrir todos los departamentos que tenemos. Colaboramos con firmas de moda, revistas, cine, y mucho más.

Le miro mientras continúa hablando y revelando datos que no conocía, lo cual, despierta en mí la curiosidad. Como tipos de trabajos, sueldos, dietas, viajes, entre otras cosas.

—¿Qué te parece? —cuestiona mirándome con intensidad.

—Es genial todo lo que dices, pero quiero saber, ¿por qué yo? —La sorpresa tiñe el rostro de Alejandro, pues no se lo esperaba.

—¿Por qué tú? Pues porque te acabas de graduar, y tienes mucho talento, porque te quiero cerca de mí del modo que sea... La verdad es que son por muchos motivos, no hay uno en especial.

Alejandro se levanta y se acerca aprovechando mi perplejidad.

—Sofía, de verdad que he intentado ser paciente, he estado esperando a que seas tú la que vengas y dejes que te cuente todo lo que desconoces, pero la verdad es que necesito tenerte cerca, verte, aunque seas una compañera, te permito que pienses que he jugado sucio, que he hecho trampa, es verdad, pero es porque no quiero tener que volver a permanecer alejado de ti,

oculto bajo las sombras.

Sin palabras, de este modo me he quedado, Alejandro sujeta mis manos y entrelaza los suyos con los míos, una sensación me invade y lejos de ser desagradable, me tranquiliza.

—Entonces solo quieres que trabaje para ti.

—No, quiero que formes parte del equipo, aquí no hay jefes, todos lo somos, en todo caso quiero que seamos compañeros.

—Vale, acepto —respondo y él sonríe feliz.

—Perfecto —indica levantándose—. Pues si te parece, pasaré todos tus datos a recursos humanos, y te llamarán para que vengas a firmar el contrato. Cuando lo formalicemos te contactaré para un proyecto.

—Muy bien. Gracias, Alejandro.

—No me las des —revela mirándome con intensidad.

Sus ojos me dicen que quiere hablar de algo más, pero no lo dice. Me levanto y Alejandro se acerca, me ofrece la mano y se la estrecho.

—Adiós —menciono aún con las manos unidas.

—Hasta otro día —revela él y soltamos las manos.

Me giro y camino hacia la salida, no obstante, me detengo y me giro. Él que me continuaba mirando levanta las cejas sorprendido.

—Has dicho que no quieres estar más oculto, ¿eso significa que has estado al pendiente de toda mi vida?

—Sí —confiesa y baja la mirada.

—¿Por qué? —duda, pero exijo— ¡Quiero la verdad!

—Si la quieres tendrás que cenar conmigo —solicita andando hacia mí, titubeo y se da cuenta. Él ha despertado mi curiosidad y aunque me puedo aguantar las ganas, algo en mi interior me dice que será bueno escucharlo.

—Vale, acepto.



## Capítulo 23

Salgo en piloto automático de la agencia y camino hacia mi coche sintiendo como a poco vuelto a tener el control de mis emociones.

Aún no entiendo cómo he aceptado esa cena con él, ni como he aceptado ese beso que ha despertado esas sensaciones que tanto tiempo han estado dormidas.

Ahora tengo que prepararme para cenar con Alejandro, el primer hombre que conquistó mi corazón, tendré que escuchar sus explicaciones y decidir si lo creo o le mando a la mierda. Difícil elección, eso seguro.

Me introduzco en mi coche en el momento en que me llega un mensaje. El número es de Alejandro, pues mi cabeza se niega a olvidarlo, a pesar de los años.

«Te espero a las nueve en esta dirección, hasta luego, Sofía». Pone en el texto.

Acto seguido me manda la ubicación de restaurante en Aravaca, llamado La Vivaracha.

Sin reflexionar más en ello, le respondo con un escueto OK y dejo el móvil en su sitio, antes de arrancar e irme. La música hace que me evada mientras conduzco hacia casa y al llegar aparco el coche antes de entrar.

El silencio que hay me hace saber que no hay nadie en casa y tras beber un vaso de agua fresquita en la cocina, subo a mi dormitorio y me cambio la ropa.

En mi mente trazo un plan para decírselo a mi madre sin que ponga el grito en el cielo, lo cual, será muy difícil.

Alejandro fue en el pasado un hombre que mi madre apreciaba, según me dijo ella, arrepentida, nunca pensó que pudieran hacerme algo así, pero la cuestión es que, si lo hizo, o al menos ha sido así, hasta ahora.

Bajo a la cocina y miro lo que hay en la nevera. Vierto un poco de zumo en un vaso y lo llevo en la mano hasta la terraza donde me siento.

La brisa hace que cierre los ojos y analizo lo que ha ocurrido en el despacho de la agencia. Es cierto que pese a todo lo ocurrido, él continúa despertando en mí sentimientos como los de antaño.

Tan pérdida estoy en mis pensamientos que no me doy cuenta de que ha llegado mi madre.

—Hija, ¿qué haces aquí? —pregunta acercándose.

—Estaba recordando —menciono mirándole—. Ven, mamá, quiero hablar contigo.

Ella se acerca y se sienta a mi lado.

—Verás, la entrevista no ha sido como yo me imaginé y tampoco ha ayudado a que me la haga una persona que conozco desde antes.

—¿Antes? ¿Quieres decir que ya lo conocías?

—Sí, verás, esta persona es Alejandro.

—¿¡Qué me dices!? —exclama moviéndose inquieta y yo afirmo con la cabeza.

—Mamá, él me ha pedido que hablemos. Dice que las cosas no fueron como nos hicieron creer y siempre me has dicho que para juzgar a alguien hay que conocer las dos versiones.

—Vamos que vas a ir —manifiesta mirándome.

—Sí. Ahora no soy la niña de entonces. Solo escuchándole y mirándole a los ojos sabré si dice la verdad.

—Lo sé, pero no quiero que te vuelva a hacer daño.

—No me lo hará, te lo prometo.

Asiente y segundos más tarde estamos dándonos un abrazo.

—Dios mío, ¿en qué momento te hiciste tan grande? —susurra aún entrelazadas.

—¿Es una pregunta? —cuestiono al separarme.

—No, hija. Era una pregunta retórica.

Nos reímos y nos levantamos para ir a preparar la comida.

Un rato después, entre bocado y bocado, me pregunta.

—Entonces, Sofí. ¿Estás segura de ir?

—Sí, la verdad es que hay algo en mi interior que me dice que debo ir. No sé explicarlo.

—No hace falta, acuérdate lo que dijo la psicóloga. Si tú sientes que debes ir, que es necesario, no lo ignores.

—Exacto, eso es lo que quiero hacer.

Mi madre asiente y su rostro se suaviza. Continuamos comiendo hasta que terminamos y tras recoger todo le digo que mi madre que irá a dormir un rato y ella me explica que debe ir al salón para ver cómo va mi hermana, pues tenía varias clientas hoy para dejarles bellas.

En mi dormitorio, me pongo música de fondo, mientras me siento en la cama con el portátil y comienzo a mirar las fotos para seleccionar algunas. Quiero darles mi toque y en cuanto tenga mi estudio, las expondré.

El tiempo se me pasa volando, eligiendo y cuando me quiero dar cuenta son las siete y media de la tarde. De un salto, abandono mi mullida cama y me marcho a la ducha. Menos mal que ya había elegido el atuendo antes y al salir, me visto tras ponerme la ropa interior.

Una camiseta de color blanca y una falda vaquera larga con una pequeña apertura, la cual, llega hasta la rodilla. Lo combino con unas sandalias de esparto con un poco de cuña. Me aplico

la crema hidratante que lleva un poco de maquillaje y delinea mi ojo con la línea negra.

Termino con un poco de colorete en los pómulos y me pinto los labios con un pintalabios de color cereza, antes de rociar unas gotas del mi perfume favorito. Me miro en el espejo y me agrada la imagen reflejada, por lo que sonrío satisfecha.

Abandono mi habitación comprobando que llevo todo lo necesario en el bolso y tras cerrar la puerta, camino hasta mi coche y sin perder el tiempo me dirijo hasta el restaurante.

Sé dónde más o menos está, pues, la zona la conozco, y tras encontrarlo, busco aparcamiento para el coche. Por suerte, desde la rotonda veo que un coche está saliendo, y me aproximo para aparlo.

Apago el motor, y salgo del coche para ir al paso de cebra y cruzar. En la puerta veo a Alejandro, el cual, está hablando con alguien por teléfono, no obstante, al verme se apresura a cortar.

—Hola, Sofía. Permíteme que te diga que estás preciosa.

—Gracias. ¿Entramos? —cuestiono conteniendo mi curiosidad.

—Sí. Detrás de ti —acompaña sus palabras con un movimiento de la mano. Camino con decisión y entramos.



## Capítulo 24

Sentada frente a él en la mesa, me sorpendo al no verme ni un poquito nerviosa.

—Bueno, pues, tú dirás —declaro al hacer nuestros pedidos al camarero.

—Sofía, antes que nada, quiero pedirte que todo lo que te dijeron referente a mí, lo pongas entre paréntesis.

—De acuerdo.

—Bien. Dicho esto, yo nunca imaginé que mi hermana era la artífice de todos los bulos y videos que salían por arte de magia en las redes, grupos y demás.

»Si es verdad que un día escuché una conversación entre mi hermana y otra persona por teléfono y le decía que quería darte el escarmiento final. Yo le enfrenté, pero ella me dijo que no eras tú y que era otra persona y que era porque esta persona era muy mala. Lo siento no sospeché.

»Tiempo después ocurrió lo que pasó, el mismo día que yo me marchaba a Europa, pero te juro que yo no sabía nada y tengo las pruebas de ello.

Extiende el brazo y me pasa su móvil con la pantalla desbloqueada.

Frente a mí, leo una conversación que no tiene desperdicio, entre él y su hermana. Y digo su hermana porque ese número es el que utilizaba para camuflar sus dobles intenciones. Incluso hay varios mensajes de audio de él.

Escucho algunos de ellos, en los que supuestamente me habla a mí, pero para nada lo soy. Al

llegar la cena, lejos de dejarlo, continuó con ellos mientras comemos.

Al terminar, solo queda un audio de ella, donde le dice que sea un hombre con clase y que todo este tiempo ha sido ella la que ha leído los mensajes, y que ya está cansada de este juego, por lo que lo termina, porque ya no le divierte.

Abro los ojos asombrada y por poco me atraganto, si no es porque agarro la copa de vino y doy un largo trago.

—Creo que has acabado —menciona nada más se lo devuelvo.

—Sí. Ahora comprendo muchas cosas. Conmigo también jugó a este juego, solo que no lo hizo en un audio, sino que me citó en el mismo lugar que tú lo hiciste el otro día y ahí me llegó un video tuyo diciendo, el juego se ha acabado.

—¡Joder! —pronuncia un poco más alto de lo normal, lo que hace que varias personas miren en nuestra dirección.

Alejandro se disculpa, y el nudo en la garganta se hace más grande. Menos mal que además de la copa de vino hemos pedido una botella de agua, por lo que lo vierto en un intento de hacerla desaparecer.

—Lo siento. Es mucho peor.

—Sí, lo es.

—Sofía, te juro que yo desconocía todo.

—No te disculpes por algo que hicieron los demás. Tu hermana perdona que te lo diga, es una mujer malvada, con mucho veneno en su interior.

—No lo voy a negar, ella te tenía mucha envidia, pero nunca he comprendido que fue lo que le llevo a ese punto, por eso quiero que sepas que yo no tengo ninguna relación con ella desde que volví, incluso me marché de casa.

Bajo la mirada porque yo si lo sé, y lo cierto es que este tema quiero dejarlo ya, por lo que cambio la conversación.

—¿Es posible que me mandes todo eso a mi móvil? —Él me mira intrigado y yo prosigo—. Mi madre y mi hermana no os tiene ningún aprecio, imagino que querrás limpiar tu nombre.

—Te lo agradecería, sí. Te lo mandaré todo, no hay problema.

Terminamos de cenar en un silencio que oscila entre lo cómodo y lo incómodo en varias ocasiones. Y es cuando me hallo indecisa en lo que hacer.

—Sofía, sé que acabas de saber que todo fue una gran mentira organizada por mi hermana, pero me gustaría saber que al menos ahora no tienes nada en mi contra y no te negaré que me gustaría proseguir donde lo dejamos.

—¿Proseguir? —interrogo alucinada—. ¿Acaso tú te piensas que yo soy la misma chica que dejaste?

—Por supuesto que no, solo que me gustaría seguir conociendo a Sofía, la mujer que tengo frente a mí.

—Yo diría que sabes muchas cosas sobre mí.

—Puede ser, pero eso no quita que no quiera conocerlas contigo, que seas tú quien me las muestre.

—No me quieras comer la oreja con palabras bonitas, no soy ni por asomo la misma chica ingenua que dejaste.

—Eso ya lo veo, solo salta a la vista la persona en la que te has convertido y déjame decirte que a mucha gente le ha molestado en la persona que eres.

—Pues que les jodan —respondo sin reflexionar.

Alejandro me mira y varias risas salen por nuestras bocas durante un rato. El camarero se

acerca y nos pregunta si queremos postre.

—Yo sí, dime que hay —indico para la sorpresa de mi acompañante.

Tras decidir, el camarero se marcha con el pedido de mi postre.

—No dejas de sorprenderme.

—No pretendo hacerlo, es mi forma de ser, durante un periodo de tiempo después de todo lo que pasó, me convertí en lo que detestaba, deje de ser yo misma, pero por suerte la gente buena que tengo en mi vida me ayudó a ver que no debía comportarme de este modo, y poco a poco y con mucho trabajo, fui sacando a mi verdadera yo. Ahora no me avergüenzo de tener una talla cuarenta y dos, estoy orgullosa de mi físico y de lo que soy.

—Pues te felicito, tienes mi enhorabuena por haberlo conseguido.

—Gracias. —Justo en ese momento aparece el postre y entre bocados le pregunto lo que ha estado haciendo todos estos años.

—No pueden decir que tu familia te haya abierto las puertas de todos esos trabajos.

—Era lo que quería desde el inicio. Protegieron a mi hermana, cuando tenían que haber corregido su comportamiento.

—En eso no te voy a quitar razón —revelo antes de meterme el último bocado.

Bebo un vaso de agua sintiendo la mirada de Alejandro en mí y decido mirarle para decirle.

—Me miras tanto que creo que me vas a desgastar.

—Espero que no, te quiero hacer una pregunta. Si te ofrezco a ir a una sesión de fotos fuera de Madrid, ¿aceptarías?

—Depende, con qué condiciones.

—Pues es un viaje de trabajo, tendrías dietas, y el hotel corre a cargo de la agencia. Tendrías que hacer unas fotos a unas modelos con la ropa de una famosa firma. El lugar elegido para ello, son las islas Canarias, más concretamente en Gran Canaria.

—¿Y cuándo sería este trabajo? Pues tengo algunos pendientes por resolver.

—Nos iríamos en una semana más o menos el trabajo se tiene que hacer en un máximo de cuatro días.

—¿Y cuándo necesitas la confirmación?

—Como mucho en tres días, por el billete, hotel...

—Entiendo, déjame que lo piense y como mucho pasado mañana te lo digo.

—Perfecto.

Alejandro levanta la mano y el camarero se aproxima con la cuenta y al ver que muevo la mano hacia el bolso, dice.

—Yo invito, por favor —pide y desisto en mi acción.

Abona la cuenta y abandonamos el restaurante sin perder tiempo. Al salir, la brisa nos saluda y se hace un momento incómodo entre los dos.

—Bueno, pues nada. Yo ya me marchó.

—Sí, te quiero agradecer otra vez que hayas venido y que por fin me hallas escuchado.

—Yo también me alegro. Al menos ahora sé que no eres un cabrón que estuvo jugando conmigo.

—Aunque ahora no lo creas, yo nunca he jugado de ese modo con nadie, no soy un cabrón sin sentimientos.

Sin saber qué decir, y como tampoco sé cómo despedirme, alzo la mano.

—Sofía —pronuncia dando un paso hacia mi dirección—. Creo que puedes darme un beso, al menos no.

Su petición es normal, por lo que doy otro paso y le doy un beso en la mejilla, antes de

retroceder y entonces pronuncio.

—Hasta luego.



## Capítulo 25

Al día siguiente, cuando me levanto, es cuando comienzo a ser consciente de la importancia de la cena de ayer, pues mientras volvía a casa, me negué a analizar lo ocurrido.

La puerta se abre y veo a mi hermana entrar con un vaso de zumo.

—Hola.

—Buenos días. ¿Qué tal te fue ayer?

—La verdad es que muy bien. Quedaron muy contentas y me dijeron que me recomendarían.

—Eso es buena señal, enhorabuena.

—Pues sí, ahora te toca a ti. ¿Qué tal?

—Imagino que mamá te habrá contado algo.

—Sí, ahórrate todo eso, ve a la parte de la cena.

—Vale. Siéntate que no quiero que te caigas de la impresión. —Mi hermana obedece y toma asiento a mi lado—. Ayer Alejandro me mostró las pruebas de que su hermana María se hizo pasar por mí, y estuvo durante mucho tiempo jugando con él y también lo hizo conmigo, solo que el último video que me mandó, en verdad, no era para mí, sino que se lo estaba diciendo a María al enterarse de todo.

—¡Mi madre! Pero entonces todo esto lo tenía más que planeado.

—Sí, eso mismo pensé yo.

—¿Y ahora? —cuestiona antes de que entre mi madre.

—Hola, mis niñas. Que bien que estéis aquí las dos. Sofía, ¿qué tal?

—Bien, mamá. Le estaba contando lo que sucedió a Laura.

—Pues yo también soy toda oídos.

Vuelvo a contárselo todo, y mi madre por segundos sube más las cejas, escéptica por lo que escucha.

—¡No me lo puedo creer! —exclama y se levanta—. Y encima sus padres la protegen en un delito.

—No solo eso, Alejandro cuando se dio cuenta, se marchó y rompió todo el contacto con ellos, por lo visto, la agencia es su bien máspreciado y no suele decir que él es el director, pues son como las sabandijas, chupan de donde pueden.

—Ahora todo encaja. Me alegro de que tengan tantos problemas financieros, eso se llama Karma.

Ese tema la verdad es que me da lo mismo, por eso me levanto y dejo a mi madre hablando y mi hermana escuchando, entretanto yo voy al baño para hacer mis necesidades y lavarme la cara.

El móvil comienza a sonar y salgo. El nombre de Nacho se ve en la pantalla, pero en este momento no quiero hablar con él, por lo que le dejo sonar.

—¿No se lo coges? —interroga mi madre.

—Os tengo que decir algo, necesito consejo.

—Vamos a desayunar y nos lo cuentas.

Bajamos a la cocina y tras disponer los desayunos, les explico lo que me pasa.

—No me acuerdo de él, y la verdad las mariposas que sentía al inicio, pues se han marchado.

—Yo no quería decírtelo, pero yo no lo veía para ti —manifiesta mi hermana con sinceridad.

—Bueno, yo sí lo pensé, pero imagino que fue producto del inicio. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Hablaré con él y le diré que no funciona. La verdad por delante.

—Por supuesto. Bueno y ahora dime que vas a hacer con Alejandro.

Les cuento lo que ayer hablamos, tanto sobre mí, como lo del viaje de trabajo, y ambas me dicen que debo aceptarlo.

—La verdad estaba pensándolo cuando ha venido Laura.

—Yo no le daría más vueltas y le llamaría para decirle que aceptas —expone mi madre convencida.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Y un consejo que te voy a dar. Vive tu vida, no pienses tanto y en ocasiones déjate llevar.

—Vale, mamá. Lo haré.

Con las ideas un poco más claras, subo al dormitorio y cojo el móvil para llamar a Nacho, el cual responde al segundo tono.

—Hola.

—Buenos días, guapa. ¿Qué tal estás? Ayer al final se me complicó todo.

—No te preocupes. Me gustaría verte esta mañana, ¿puedes quedar?

—Sí, que te parece que vaya a tu casa.

—Perfecto. ¿Te parece bien en un par de horas?

—Sí, ahí estaré.

—Genial, hasta dentro de un rato.

Colgamos y con eso listo, me marcho a ducharme y a vestirme, para después con calma llamar a Alejandro y decirle que acepto el trabajo.

Media hora más tarde, me siento en la silla y llamo a Alejandro.

—Buenos días, Sofía. ¿Qué tal estás?

—Hola, Alejandro, bien. Te llamo porque lo he pensado y voy a aceptar tu propuesta del trabajo.

—Eso es genial. Seguro que te vendrá muy bien esta campaña. Te mandaré los datos en cuanto lo tenga. Por cierto, ya les dije a recursos humanos que te preparen el contrato, en estos días te llamarán para que vengas a firmarlo.

—Perfecto. Quedamos así, hasta luego.

—Hasta otro momento, Sofía.

Justo cuando dejo el móvil en la mesa, el ruido del timbre suena y bajo para ver de quién se trata.

Veo que se trata de Nacho, por lo que le abro sin perder tiempo. Camina hacia mí y me abraza antes de darme un beso en la frente.

Entra en casa y caminamos hacia el salón después de cerrar la puerta. Nos sentamos en el porche y al ver su cara decido ir al grano.

—Nacho, tengo que ser honesta contigo, sabes que no me gusta jugar con la gente y prefiero ser directa. Es verdad que al inicio sentía muchas cosas cuando estaba contigo, pero por algún motivo, al irme de viaje, esas sensaciones desaparecieron y cuando hablábamos era como si estuviera hablando con un amigo.

Nacho baja la cabeza y guardo silencio por un rato.

—Pues yo también te quiero ser sincero y es que me ha pasado lo mismo, pero es verdad que yo no tengo claro cuáles son los sentimientos que tengo hacia ti. No sé si me gustas, o solo me gusta la mujer decidida que hay en ti.

—Ahora mismo me siento aliviada, no quería hacerte daño.

—No te preocupes, te lo dije al inicio, y era cierto, yo quería conocerte más y ahora que lo dices, prefiero que quedemos como amigos.

—Era mi intención, aunque claro, tenía que dejarlo claro.

Nacho se aproxima y nos fundimos en un abrazo, antes de volver a sentarnos para preguntarme.

—Bueno, vamos a cambiar el tema. ¿Qué tal la entrevista en Kalandra?

Omito que es Alejandro el que lo lleva, y le cuento que muy bien y que me han cogido.

—Si es que eres muy buena. ¿Cómo crees que no te iban a coger? Estarían locos si no lo hicieran.

Tras eso, continuamos hablando como dos amigos y me siento muy feliz de que no haya mal rollo entre los dos.

Unas horas más tarde, antes de que se marche, Nacho hace que me emocione al decirme.

—Sofía, eres una chica maravillosa, y por lo poco que sé de tu pasado, y al ver la mujer en la que te has convertido, sé que en tu futuro te esperan muchas cosas buenas.

—Gracias, Nacho. Yo también te lo deseo.



## Capítulo 26

Desde hace mucho tiempo, me tomo muy en serio mis prioridades, por encima de todo estoy yo, pero por debajo de mí se encuentra mi trabajo.

Llego a la oficina con la esperanza de que esta vez no se me trate del mismo modo que la vez anterior. Tampoco es que todo el mundo me tratara mal, para nada, por eso espero que hoy no me traten de esa forma tan desagradable.

En la recepción les digo a lo que vengo y tras comprobarlo, me piden que espere un momento. Unos minutos más tarde, una chica morena, bajita, con una sonrisa sincera se acerca a mí.

—Hola, Sofía, que gusto en conocerte, mi nombre es Carolina, pero puedes decirme Carol. Acompáñame al despacho.

Sigo sus pasos hasta el despacho y tomo asiento donde me dice.

—Bueno, Sofía, estos son los documentos que debes leer con calma y firmar cuando acabes si estás de acuerdo.

—Perfecto.

—Tómate tu tiempo, no hay prisa.

Los tomo y comienzo a leer. El primer folio es un contrato de privacidad. Básicamente, lo que dice es que no puedo decir nada a nadie de lo que concierne a la agencia. Sobre todo, lo relacionado con la dirección de la susodicha.

Termino el documento y lo sitúo en la mesa para estampar mi firma en las dos hojas idénticas.

Se lo tiendo a Carol. Prosigo los siguientes folios, los cuales están grapados, pues el contrato.

Lo leo todo con atención y al acabar, le pregunto por las dudas que tengo y ella me explica con calma, hasta que firmo.

—Bueno, Sofía, antes de que te marches te doy los datos del primer trabajo que se te ha asignado y el billete de ida y vuelta. Ha sido un placer.

—El placer ha sido mío, te agradezco que me hayas aclarado todas las dudas que tenía.

Carol sonríe y resta importancia diciendo que es su trabajo. Nos despedimos y me marchó, sin embargo, al pasar por recepción la chica me pide que suba al tercer piso.

Sin reflexionar, camino hasta el ascensor y al entrar pulso el botón del tercer piso, y me preparo para ver la cara de esa chica tan grosera, no obstante, al abrirse las puertas, solo veo a Alejandro con una sonrisa radiante.

—Hola, Sofía, ¿me acompañas? Te he llamado al saber que estabas con Carol firmando el contrato.

—Ah, vale, no lo sabía y me has sorprendido.

Pasamos por delante de la mesa, la cual está recogida y sin ningún objeto personal. Alejandro debe de percatarse, pues, me informa, estaba de prueba y no la superó. De momento no tengo secretaria, pero me apañó bien.

Asiento sin saber muy bien que decir y continúo caminando hasta el despacho. Tomo asiento frente al escritorio y Alejandro se sienta detrás de la mesa, en su silla.

—Te quería comentar algunas cosas del proyecto. Está previsto que el mismo día de nuestra llegada que trabajemos al atardecer.

—¿Nuestra llegada?

—Sí, iré contigo. No es porque seas tú, siempre viajo a los proyectos que tenemos fuera.

—Ah, vale.

—Continúo, lo que te quería decir es que te aconsejo que vayas preparada y descansada para trabajar al aterrizar.

—Gracias por decírmelo.

—De nada. Los detalles del viaje ya te los ha dado Carol, ¿no?

—Sí, me dio todo.

—Perfecto, pues eso es todo, nos encontraremos en la terminal si quieres para facturar el equipaje. ¿Qué te parece a las tres de la tarde?

Miro a qué hora sale el vuelo y hago cálculos.

—Me parece bien.

—Genial.

Veó cómo Alejandro quiere decir algo más, pero se contiene.

—¿Quieres decirme algo más?

Alejandro suspira y baja la cabeza por unos segundos. Después la levanta y me mira.

—Sofía, probablemente me esté metiendo donde no me llaman, pero vi a tu amigo o novio o lo que sea ese chico que estaba en la piscina...

—Antes de que prosigas, Nacho ahora solo es un amigo.

—Ah, vale. Entonces no te voy a decir nada más.

Se levanta y yo frunzo el ceño, y le miro sin levantarme.

—¿Por qué te importa? ¿Por qué querías decírmelo?

—Tú lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Por qué?

—Sofía, tú me importas, no quiero que te hagan daño, tengo hacia ti un sentimiento que me

hace querer protegerte. Tengo miedo de que te vuelvan a lastimar, y te alejes de mí

—¿Alejarme de ti? —le devuelvo la pregunta—. Alejandro.

—Alex —me interrumpe—, por favor, dime así.

—Alex, como sea, dime de una vez que estás buscando, si no, romperé con todo esto que nos une.

—Sofía, yo te quiero en mi vida, te lo dije un día y te lo diré todas las veces que sea necesario. Quiero protegerte, y quiero que seas feliz.

—Entiendo. Y te has parado a pensar en lo que yo quiero.

—Sí, por eso pienso volver a enamorarte como lo hice hace años.

—¡Ya salió el chico prepotente que habita en tu interior!

—Ese chico nunca se ha ido, vive en mí, igual que en ti, vive una cualidad que a mí me encanta.

—¿Y cuál es si se puede saber?

—Eres una mujer fuerte, y una luchadora.

—Esas son dos cualidades.

—Sí, pero es la verdad.

Me levanto y Alejandro se aproxima a mí sin que me dé cuenta, al menos hasta que lo tengo a mi lado. Su mano toma la mía y yo doy un respingo.

—No te asustes.

—Entonces no te acerques como si fueras un ratón —le rebato queriendo parecer molesta.

—No era mi intención. Y no me engañes, no estás enfadada, solo te he asustado.

—Por supuesto. Es otra cualidad mía también.

—Lo anotaré para tenerlo en cuenta.

En mi cabeza pienso hasta cuando seguiremos con este juego, no obstante, a una parte de mí, le gusta, por lo que estoy dividida.

El silencio se hace entre los dos, mientras nos miramos a los ojos. En sus ojos veo muchas cosas que preferiría no verlo, pues me dan pavor.



## Capítulo 27

Abandono el despacho como buenamente puedo, puesto que lo que ha ocurrido en el despacho, ha conseguido despertar a las mariposas de mi estómago, las mismas, que un día llegué a pensar que no volverían a despertar.

Bajo en el ascensor, intentando mantenerme impasible y camino con calma por el vestíbulo hasta la salida, no obstante, al salir a la calle, respiro hondo por lo acontecido hace unos minutos.

Los recuerdos de aquel beso que nos dimos hace años vuelven a mi memoria como si de un torrente se tratara, y lo peor de todo es que no se es lo que quiero en este momento y menos con él.

Aparco esos pensamientos y me dirijo al coche, para irme a mi casa, aunque al final cambio el destino y me voy al salón de mi madre.

Tal vez un masaje de Tai, la chica tiene mucho talento y es muy probable que consiga destensar los músculos engarrotados de mi espalda.

—Hola —saludo al entrar veinte minutos más tarde.

—Pero bueno y esa sorpresa.

—Tengo el cuello un poco mal y he dicho me voy a aprovechar. ¿Está Tai libre?

—Tienes suerte, ha habido una anulación, hace un rato y está libre. Ven conmigo.

El salón de mi madre tiene varias zonas, pues tiene varias especialidades. Accedemos al pasillo y toca una puerta antes de abrirla.

—Hola, Tai, ¿puedes hacerle un masaje a Sofí?

—Por supuesto, que pase.

Entramos y la sala está tal y como la recordaba. Tai me da la bienvenida y me deja sola para que me desnude. Me desprendo de toda la ropa de la parte de arriba y me tumbo en la camilla, poco después entra.

—Bueno, Sofía. Me han dicho que tienes el cuello como un acordeón, vamos a destensarte — indica antes de comenzar su magia.

Durante los cuarenta y cinco minutos que ha durado el masaje, he dejado la mente en blanco, o al menos lo he intentado, pero la cuestión es que no es tan sencillo.

Salgo de la cabina y camino hasta el despacho de mi madre, adentro la encuentro junto con mi hermana.

—Hola.

—Pasa, hija —manifiesta mi madre—, ahora que ya estás relajada, cuéntanos qué ha pasado.

Comienzo por relatarles lo ocurrido con Carol y después cuando me pidieron que subiera al piso donde está el despacho de Alejandro.

Les comento todo, tomando agua de vez en cuando y cuando llego al beso, el rostro de mi madre expresa muchas cosas y mi hermana sonrío feliz.

—Y eso es todo.

—Bien, no hace falta que nos digas que ese beso ha despertado las mariposas de tu estómago, ni los recuerdos que un día olvidaste, pero lo importante es. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —declaro casi en voz baja—. No quiero que me vuelvan a hacer daño.

—¿Sabes, hija? No creo que vuelva a suceder eso que temes. Tienes que atreverte y sacar de nuevo a esa mujer valiente que hay en tu interior. Esa que te ayudó a salir adelante.

Las palabras de mi madre hacen que me dé cuenta de que tiene razón. Puedo tener miedo muchas veces, pero lo importante es atreverme a seguir adelante.

—Vale. La próxima vez que ocurra algo así, no saldré corriendo.

—Me parece una buena respuesta. Ahora solo debes ponerla en práctica.

Mi hermana asiente conforme y se levanta.

—Anda vámonos. Tengo la impresión de que necesitas un par de modelos deslumbrados para esa isla.

Laura tira de mí, mientras mi madre sonrío y asiente. Poco después salimos del salón y nos marchamos en mi coche.

Conduzco hasta el centro comercial de Majadahonda y aparco en el subterráneo en cuanto tengo oportunidad.

Mi hermana se cuelga de mi brazo y caminamos hasta las tiendas. Ella además de ser una estupenda maquilladora, tiene mucho estilo para vestir, de hecho, me ha ayudado muchas veces en cuánto a estilismo.

Entramos en varias tiendas, y tras descartar varios modelos, damos con uno que, según ella, está hecho para mí.

—Te lo aseguro, hermana, lo hicieron pensando en ti —manifiesta con seguridad. Yo, por mi parte, solo asiento, pues estoy de acuerdo.

El vestido es de color negro ajustado en la zona que importa, el pecho, y vaporoso hasta las rodillas, además la tela tiene un brillo, lo que le hace mucho más espectacular.

Salimos de la tienda tras comprarlo y seguimos paseando y entrando en las tiendas. Me compro unas sandalias que son muy chulas y cómodas, además me servirán para trabajar.

Damos por concluidas las compras cuando nuestra tripa comienza a rugir, pues son las tres de

la tarde y nos sentamos en una mesa para comer, en el momento en que suena mi móvil.

—Hola, Iris, ¿qué tal estás?

—Bien, guapa. Te llamaba porque quiero que nos veamos.

—Oh, claro. ¿Te viene bien esta tarde?

—Perfecto, iré sobre las seis, ¿te parece?

—Sí, luego nos vemos.

Cuelgo la llamada y en ese momento hacemos nuestros pedidos. Laura me mira interrogante y yo le pregunto.

—Sabes, hermana, estoy muy orgullosa de ti. En este tiempo he visto cómo te has enfrentado a los problemas y lo has sabido manejar.

—Hombre gracias, es que se tiene que notar que soy la hermana mayor —bromeo con una sonrisa.

—Ja, ja, ja, claro, ¿y antes no lo eras?

—Por supuesto que sí. Solo que he tenido que aprender algunas cosas.

—¡Anda mi madre!, pues como yo.

Nos reímos y nos damos un pequeño abrazo antes de que nos traigan las bebidas y el entrante.

Ese tiempo que pasamos mi hermana y yo solas, nos hace mucho bien a las dos. Entre risas abandonamos el centro comercial y nos marchamos a casa.

Un rato después, ya en casa, coloco las cosas antes de que llegue mi amiga. En su voz notaba un poco rara, aunque no estoy muy segura.

Media hora más tarde, el timbre suena y abro la puerta con una sonrisa.

—Hola, Iris. Pasa —menciono haciéndome a un lado.

Mi amiga pasa y me da dos besos antes de ir al porche para sentarnos.



## Capítulo 28

Sobre la mesa he puesto una botella de té con limón, pues a las dos nos gusta y unos aperitivos.

Nos ponemos a hablar lo primero de mi viaje a Ibiza y después me pregunta.

—Sofí, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, hay confianza.

Noto como titubea, antes de comenzar a hablar.

—Verás, me ha dicho Nacho que lo vuestro no ha funcionado, pero como me ha sorprendido tanto he preferido preguntarte y estar segura.

—Sí, la verdad que es muy buen chico, pero no gusta de esa forma.

—Ya te comprendo. Es que no sé si lo sabes, pero el otro día, estaba con nosotros y empezó a seguirle el juego a Teresa.

Asiento de que continúe porque sé por donde van los tiros.

—Pues eso, que le empezó a seguir el rollo y cada vez se le veían más juntos y eso y bueno, pues me cabré y les corte el rollo y entonces Nacho me exigió que le dijera por qué lo había hecho y luego me lo contó.

—Madre mía... Seguro que diste un espectáculo —exclamo imaginándomelo.

—Ya te aseguro que sí.

—Pues muchas gracias, sin embargo, Nacho puede hacer lo que quiera y liarse con quien quiera por qué no hay nada entre los dos.

—Comprendo y se puede saber qué ha ocurrido.

—En mi viaje a Ibiza, digamos que las mariposas se fueron con el viento, o que solo era una ilusión, no lo sé. Pero a él le ocurrió más o menos lo mismo.

Iris asiente mientras bebe y después me coge la mano.

—No te preocupes, amiga, seguro que pronto encuentras a ese hombre que consiga despertar tus mariposas.

Me rio y ella se da cuenta de que algo sucede.

—Habla. ¡Venga! —me apremia dando palmadas.

Tomo una bocanada de aire y comienzo a relatarle todo, cuando acabo Iris tiene la boca abierta por lo asombrada que la he dejado.

—Madre del amor hermoso. Qué gente más mala hay por el mundo.

—Ya te lo digo.

—Ahora todo me cuadra, vale, bueno, pero, aun así, por favor ten cuidado. Tú vales mucho y no quiero que de nuevo te vengas abajo.

—Por supuesto que no, porque yo me quiero como soy. Si a otro no le gusta no es mi problema.

—¡Así se habla!

Y así comenzamos a hablar de todos los proyectos que tiene y un tiempo después, al darse cuenta de la hora, se marcha.

—¿Por qué no te vienes? Tampoco es que vayamos a hacer mucho.

—Hoy no, otro día me apunto.

—De acuerdo, te tomo la palabra.

Nos abrazamos antes de acompañarle a la puerta. Cuando se marcha, me siento a ver un poco la tele, pues no tengo hambre y no creo que cene algo más que un yogur. Hago *zapping* hasta que dejo DMAX, pues están echando un canal de historia que me gusta.

Estoy tan concentrada en lo que dicen que me asusto al sonarme el móvil. En la pantalla está el nombre de Alejandro.

—Hola —saludo al descolgar, sin saber muy bien que decir.

—Hola, Sofí. Perdona que te moleste, solo quería saber cómo estabas.

—Bien, estoy en casa viendo un programa.

—Ah, que bien.

—¿Y tú? —pregunto y al segundo me arrepiento.

—También. Sofí, verás, yo te he llamado porque quería saber si te había molestado que te haya besado.

—No, solo me has sorprendido y no he sabido muy bien cómo gestionarlo.

—Ah, vale. ¿Pero no estás molesta?

—Ya te he dicho que no.

—¿Quieres que nos veamos?

—¿Cómo dices?

—Tú estás en casa y yo también, ¿quieres que nos veamos un rato?

—No, sé. No quería salir.

—Ah, vale. Bueno, entonces te dejo con tu programa tan entretenido.

—Es un programa de historia sobre Egipto, me encantan —me justifico.

—Oh, comprendo. Siempre te gustó la historia, es verdad.

—¿Lo recuerdas? —cuestiono asombrada.

—Yo lo recuerdo todo, igual que los besos que nos dimos.

Me pongo a toser, pues, no esperaba esta respuesta. Le oigo reír al otro lado del auricular y miro mi ropa, no me he cambiado aún, llevo un pantalón corto de chándal y una camiseta desigual que deja un hombro al descubierto.

—¿De verdad quieres verme?

—Sí, llevo todo el día pensando en ti. No me ha gustado cómo te has marchado de la oficina, me he sentido un poco mal.

—No tienes por qué, no ha sido premeditado, solo ha sucedido.

—Ya, bueno. Te dejo que veas tu programa.

—Espera. ¿En quince minutos en el banco?

Se hace un silencio y responde con otro tono de voz.

—Perfecto.

Apago la tele y subo a ponerme las deportivas. No me cambio la ropa, tampoco es que vaya mal. Cojo las llaves del coche y en una mochila meto la cartera y el móvil. Poco después me introduzco en el coche poniendo rumbo al lugar.

Unos cinco minutos más tarde, aparco y salgo con la mochila en la mano, antes de colgármela en el hombro y me siento, aunque poco tardo en notar sus manos en mis hombros por unos segundos.

—¿Has tardado menos que yo?

—Es que no me he cambiado. Yo creo que tu sí.

Asiente y se sienta a mi lado.

—No dejas de sorprenderme. Pensé que no te vería.

—Ya. Bueno, tampoco estaba en mis planes salir, he estado con una amiga hablando y después me puse a ver la tele.

—Ah —exclama Alejandro mirándome.

—¿Qué te pasa? Si me sigues mirando así, me vas a desgastar.

—¿De verdad? No por favor, eso no quiero que ocurra —rebate con una sonrisa sincera—. ¿Y ahora qué hacemos?

—¿Qué te parece que nos conozcamos de nuevo? —interrogo poniéndome de lado y le tiendo la mano—. Hola, soy Sofía.

—Hola, Sofía, encantado, yo soy Alejandro.

Ambos nos miramos y nos empezamos a reír a carcajadas, produciendo que algunos viandantes nos miren a nuestra altura.

Durante un par de horas hablamos de lo que nos gusta, de nuestras profesiones hasta que se hace de noche.

—Me tengo que ir ya —explico al ver la hora que es.

—Sí, yo también. Me ha gustado mucho conocerte, Sofía.

—A mí también. Espero volver a coincidir contigo.

—Será un placer —respondo antes de que nos demos dos besos en las mejillas. Noto sus manos en mi cintura desnuda, pero la verdad es que me da igual.

Le digo adiós con la mano y camino hasta el coche sin darme la vuelta, aunque noto su mirada en mi espalda.



## Capítulo 29

Los días siguientes, pese a que Alejandro y yo nos vemos en persona, si hemos hablado por mensaje y voz. Cada vez me siento más cómoda con él y eso se nota en nuestras conversaciones.

Ahora sabemos cuál es nuestro color favorito, cuál es la serie que hemos aborrecido, y cuál nos gustó tanto en la infancia y adolescencia que aun siendo adultos las seguimos viendo.

Vamos que nos estamos conociendo de una manera más íntima y eso me da seguridad. Ahora estoy haciendo el equipaje para viaje a Gran Canaria.

Mi hermana escucha y opina de todo lo que pregunto.

—¿Me llevo este? —le pregunto mostrándole el vestido negro que compramos juntas.

—Por supuesto.

Lo doblo con cuidado y lo meto en la maleta, antes de coger algunas cosas más que son imprescindibles. Mi hermana sonrío y yo la miro curiosa.

—¿Qué te tiene tan contenta?

—Tú. Tienes que verte la cara. Debería sentirme enfadada porque no tenías esa cara al irte conmigo ni por asomo.

—No digas eso, este viaje es por trabajo.

—Claro, y yo soy Santa Teresa de Calcuta. No te lo crees tú, ni borracha.

Suspiro de una forma muy poco femenina y muevo la cabeza al mismo tiempo. La puerta se abre y entra mi madre e Iris.

—¡Holi! ¿Cómo vamos por aquí?

—Ya casi hemos acabado —resuelvo sonriendo.

Iris entra y me da un beso y un abrazo y luego a mi hermana.

—Os dejo solas, voy a por sushi, volveré con la cena.

—Genial.

—Iris, no te marches que traeré para ti también.

Mi amiga sonríe y asiente antes de sentarse en la cama y mirar la maleta.

—¿Te has olvidado de las cámaras?

—Ojalá —exclama mi hermana antes que yo—. Ha sido lo primero que ha metido.

—Claro, es que el viaje es de trabajo, no de placer como piensas.

—Eso díselo a otra, conmigo, ese cuento no cuela.

—Ves, Iris, ¿tú te crees que dice que está molesta porque estoy más feliz que cuando nos fuimos a Ibiza?

—Es que es cierto —añade mi hermana.

Iris mueve los ojos como si fuera un partido de tenis y luego se echa a reír, poco después le seguimos.

Termino la maleta y al cerrarla nos tumbamos en mi cama de forma que nos vemos las caras.

—Sofí eres mi amiga, pero hoy le voy a dar la razón a Laura, tienes un brillo especial.

—Eso es porque la están enamorando y ella lo sigue negando —manifiesta mi hermana.

Abro los ojos y justo cuando voy a responder me entra una llamada. En la pantalla sale el nombre de Alejandro. Me apresuro a cogerlo y salgo para alejarme de sus risas.

—Hola, Alex.

—Hola, Sofí, ¿ya tienes la maleta echa?

—Sí, hace un rato que la he acabado.

—Muy bien. Te iba a preguntar, ¿quieres que pase por ti? Así no llevas el coche.

—No es posible porque tengo que ir a Madrid, de ahí me iré al aeropuerto.

—Ah, pues nada. Entonces no vemos allí.

—Perfecto. A las dos, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

—Genial, quedamos así, hasta mañana.

—Hasta mañana, preciosa.

Cuelgo la llamada y me doy la vuelta. Iris y mi hermana están a un palmo de mí y me miran con sorna.

—¿Ves lo que te decía?

—Ay, amiga. Ven que te voy a dar un cursillo acelerado para que sepas cuándo están ligando contigo y como tienes que continuar para que siga.

Al día siguiente, desayuno con mi madre y mi hermana antes de irnos a Madrid. Hoy me darán las llaves de mi local, pues lo han acabado.

Estoy feliz de que ya esté acabado y sobre todo de que a mi vuelta pueda comenzar a trabajar aquí. Ya no tendré que ir a los sitios para imprimir las fotos, yo misma lo haré.

En el camino, llevo a mi hermana y vamos a hablando de muchas cosas mientras escuchamos música. El buen rollo reina y al ver a mi tío en la puerta me siento todavía más feliz.

—¡Estás aquí! —emito antes de abrazarle.

—Por supuesto. Vamos a ver tu local.

Entramos y todo es perfecto. Me encanta todo lo que veo y el cuarto de revelado es aún mejor de lo que pensé.

Mi rostro es de pura felicidad. Y el de mi familia también.

—¿Qué te parece, Sofía? —pregunta el encargado de la obra.

—Es genial. Me encanta todo.

Todos sonríen y poco después me enseñan todo lo referente a los sistemas de seguridad. Cuando comprendo todo y no tengo preguntas, se despide y nos quedamos los cuatro, aunque por poco tiempo, pues debo ir al aeropuerto.

Hemos acordado que mi hermana vendrá conmigo para llevárselo y vendrá por mí a recogerme.

En la puerta nos despedimos antes de entrar en la zona de facturación.

Veo a Alejandro desde lejos mirando el móvil y en ocasiones mira alrededor. Cuando me ve lo guarda y viene hacia mí.

—Hola, Sofía. ¿Qué tal?

—Bien.

—Perfecto, vamos a facturar las maletas.

Un rato después, con los trámites hechos y pasados los controles de seguridad, caminamos hasta la zona donde se supone que despegará el avión.

—¿Has comido? ¿Tienes hambre?

—La verdad que un poco. Es un día de emociones.

Alejandro me mira interrogante y yo decido contárselo.

—Hoy por fin me dieron mi local acabado y es maravilloso.

—¡Enhorabuena! —felicitas antes de abrazarme. Me da dos besos en las mejillas y noto como me pongo colorada, aunque no como antes.

Ayer Iris me ayudó mucho y me dio grandes consejos, los cuales pienso llevarlos a cabo.

Compramos un bocadillo con unos refrescos, en mi caso, té con limón y nos lo comemos antes de embarcar. En el vuelo nos sentamos juntos y durante el vuelo hablamos de la isla.

Alejandro me muestra los lugares a los que iremos, pues la compañía lo dejó todo planificado.

—Perfecto.

—¿Tienes alguna pregunta?

—La verdad es que no.

Alejandro sonríe y se acerca a mi oído.

—Creo que no te he dicho, que estás preciosa —susurra, acariciando mi mano derecha.

—No, tienes razón.

—Eso tiene remedio, Sofía hoy estás muy bella.

—Te lo agradezco. Tú también estás muy guapo.

Alex me mira sorprendido y me da un beso cerca de la comisura de mis labios. El momento es superromántico, no obstante, todo cambia al escuchar al comandante por megafonía, pues vamos a aterrizar en breve.



## Capítulo 30

Gran Canaria es un lugar muy hermoso, al menos es lo que pienso desde que hemos salido del aeropuerto. En cada lugar que se posa mi mirada, alucino como una niña pequeña, aunque disimulo para no parecer una inexperta.

Al llegar al hotel, hacemos los registros y subimos a nuestras habitaciones, las cuales son contiguas.

—¿Puedes estar lista en media hora? —pregunta Alex.

—Sí, sin problema. OK te llamo entonces —asiento y entro a mi habitación.

Nada más entrar abro los ojos asombrada porque la estancia es impresionante. Dejo a un lado mi estado de euforia, y desempaco mi maleta hasta llegar al material que utilizo en mi trabajo.

Mis dos fieles cámaras, que son una delicia. Justo cuando cuelgo una de ellas en el cuello, suena unos toques en mi puerta.

—Voy —indico caminando hasta ella.

Alejandro, vestido del mismo modo que antes, aparece en mi campo de visión con una sonrisa.

—Vamos, ya nos están esperando.

En la recepción conocemos a algunas personas y tras las presentaciones nos montamos en un coche para ir a la primera ubicación.

Durante unas horas realizo fotos a todos los modelos y cuando estoy satisfecha les digo que por hoy ya está. Todos acatan mi decisión, pues es casi de noche y no creo que quieran ese tipo

de fotos.

Llegamos al hotel y subo al dormitorio. Como no estoy muy cansada, al preguntarme Alex, le digo que bajaré al restaurante.

—Entonces nos veremos allí, ¿en media hora?

—Sí, me parece bien.

Entro y voy directamente a darme una ducha. El agua templada alivia el calor que padecía por culpa de la humedad.

Al salir me visto con un mono de pata ancha y escote en barco en color caqui. Con un poco de crema y una pizca de gloss en los labios. En un bolso de mano meto el móvil, la llave y la cartera, antes de bajar al restaurante.

Nada más entrar le veo en una mesa solo y camino hacia él. Alejandro, por su parte, me mira embobado.

—Wow, Sofía, estás preciosa.

—Gracias.

La conversación es interrumpida por el camarero y tras pedir las bebidas, miramos la carta y pedimos. Justo cuando vamos a hablar, mi móvil suena y el de Alex también. Nos reímos y él se levanta para que hable con tranquilidad.

La llamada es de mi madre, la cual, me pregunta que tal todo. Le explico donde hemos estado y le digo unas cuantas veces que la isla es maravillosa.

—Me ha quedado claro que está todo muy bien. Me alegro cariño.

—Gracias, mamá.

Hablamos un poco más y colgamos. Poco después llega Alex y la comida. Durante la cena, hablamos de todo un poco y al terminar pide que nos carguen la cena a la cuenta.

Al salir, caminamos por la zona próxima y acabamos en la playa caminando, mientras bromeamos y nos chinchamos los dos.

En una de ellas, acabo entre sus brazos por accidente, y me quedo prendada en sus ojos. Imagino que a él le ocurre lo mismo, pues acabamos dándonos un beso digno de película.

—Sofía, tengo que darte las gracias —explica Alex minutos después mientras estamos sentados.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas, por no cambiar, por darme una oportunidad, por ser como eres y por mis cosas más. —declara mirando al frente, aunque al notar que le miro, él también lo hace.

—Es lo más bonito que me has dicho desde que nos volvimos a ver.

—Bueno... Tal vez no era el lugar, o es posible que no tuviera la fuerza para decírtelo, pero eso no quita que no lo sintiera.

—Ya, bueno, yo también tengo que darte las gracias.

—¿A mí? Eso sí que es una sorpresa, veamos, ¿por qué es?

—Por qué no te rendiste. Insististe hasta que te escuché.

—Por supuesto. ¿Sabes por qué? —niego, y él prosigue—. Porque me gusta cómo eres.

—A mí también me gusta cómo eres —confieso.

Tras ambas declaraciones nos quedamos callados y aunque al inicio miro al frente poco a poco, deslizo mi cabeza hasta apoyarla en su hombro, antes de observar el hipnótico movimiento del agua al balancearse, con calma, igual que nuestros corazones.

FIN

## Nota de la autora

Espero que hayas disfrutado de esta historia, la cual, no solo es para adultos, sino que también lo es para adolescentes, pues creo que es importante concienciar sobre lo que ocurre en la sociedad que tenemos en la actualidad, y que espero que en el futuro ya no exista.

Si te ha gustado, te ánimo a dejar tu opinión en las redes, y puedes etiquetarme o escribirme, puedes encontrarme en.

Instagram: @myrareda.autora

Facebook: Myra Reda Autora

Tiktok: @myrareda.autora

Y escaneando el QR puedes encontrar todos mis libros publicados hasta la fecha.

Con cariño, Myra.

